

bajo <sup>antrona</sup> mientras <sup>camino</sup> aquí <sup>ventana</sup>  
aunque <sup>trabajo</sup>

tomó <sup>tren</sup> **H D - B** <sup>hacer</sup> <sup>todas</sup>  
madre <sup>día</sup> gente <sup>VOZ</sup>  
metro <sup>dos</sup> <sup>nadie</sup>  
quiero <sup>algún</sup> llegar <sup>historia</sup>

libro <sup>digo</sup> <sup>vagón</sup> <sup>ahí</sup> <sup>bueno</sup>  
sabía <sup>palabras</sup> <sup>dicho</sup> <sup>cuenta</sup> <sup>luna</sup> <sup>horas</sup>  
cabello <sup>lado</sup> **tan** <sup>casi</sup> **Vol. I** <sup>año</sup>  
menos <sup>frente</sup> <sup>conmigo</sup> <sup>pensó</sup> **Nunca** <sup>días</sup> <sup>aquella</sup>  
esquina <sup>hizo</sup> <sup>vez</sup> <sup>podría</sup> <sup>misma</sup> <sup>podía</sup> <sup>siquiera</sup>  
casa <sup>vez</sup> <sup>allá</sup> **Después** <sup>carra</sup> <sup>respuesta</sup> <sup>sirena</sup>  
demás <sup>dijo</sup> <sup>mujer</sup> <sup>sé</sup> <sup>mirada</sup> <sup>seguía</sup>  
hacia <sup>hora</sup> **Si** <sup>manera</sup> <sup>razón</sup> <sup>amor</sup>  
café <sup>comenzó</sup> <sup>decía</sup> **Si** <sup>Noche</sup>  
momentos <sup>cada</sup> <sup>ojos</sup> <sup>mejor</sup> <sup>años</sup>  
salir <sup>quién</sup> <sup>aún</sup> <sup>parecía</sup> <sup>haber</sup>  
cosas **ahora** <sup>encontraba</sup> <sup>ver</sup> <sup>Beto</sup>  
veces **Creo** <sup>vida</sup> <sup>mundo</sup> <sup>puedo</sup>  
habitación <sup>hace</sup> <sup>cómo</sup> <sup>brazos</sup>  
saber **siempre** <sup>nuevo</sup> <sup>señora</sup>  
pequeña <sup>gato</sup> <sup>Nubia</sup> <sup>lugar</sup> <sup>verdad</sup> <sup>iba</sup>  
puertas <sup>nombre</sup> <sup>tiempo</sup> <sup>persona</sup> <sup>último</sup>  
contigo <sup>así</sup> <sup>encendió</sup>  
cuchillo <sup>alguna</sup> <sup>alguien</sup> **Sólo** <sup>bien</sup> <sup>llamada</sup> <sup>nifia</sup>  
cuerpo <sup>momento</sup> <sup>pasar</sup> <sup>Zombie</sup> <sup>hacia</sup> <sup>apenas</sup>

Primera edición: 2009

Editor: Yair Lira

Formación Tipográfica: Isabel Vázquez

Autores:

Yair Lira

Srita. Pelo

Simbad de la Porra

Beto

Mar

Jorge

El Cuervo

Jess

Isorena

Jolie

Esta obra está regulada bajo una licencia Creative Commons  
Eres libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

Hacer obras derivadas

Bajo las siguientes condiciones:

Debes reconocer la autoría de la obra.

No puedes utilizar esta obra para fines comerciales.

Si alteras, transformas o creas una obra a partir de esta obra, sólo  
podrás distribuir la obra resultante bajo una licencia igual a ésta.

Hecho en México



# Índice

## Capítulo 1

Abre los ojos. . . . .	7
Noche buena . . . . .	10
Recuerdos . . . . .	12
Sobre las náuseas . . . . .	14
Psicopatía. . . . .	16
Otros rumbos . . . . .	18
Conversando con ella . . . . .	21
El incendio . . . . .	24
Los dedos de Nubia . . . . .	25
Acid Street . . . . .	29
Resolución . . . . .	32

## Capítulo 2

La luz no encendió (Yair) . . . . .	37
La luz no encendió (Simbad de la Porra) . . . . .	40
La luz no encendió (Jess) . . . . .	43
La luz no encendió (El Cuervo) . . . . .	46
La luz no encendió (Jorge) . . . . .	52
La luz no encendió (Roberto) . . . . .	56
La luz no encendió (Lorena) . . . . .	60
La luz no encendió (Srita. Pelo) . . . . .	63

## Capítulo 3

Carnaval de media noche . . . . .	67
La voz de la sirena . . . . .	70
El sabor de su sangre . . . . .	73
Desde el Reino de Insolubilia . . . . .	76
El libro de Magia . . . . .	79
Los gnomos de año nuevo. . . . .	81

## Capítulo 4

Despedidas . . . . .	87
Encuentros . . . . .	90
Aquí vamos.. otra vez . . . . .	93
De los errores . . . . .	95
Coincidencias al soñar acompañado . . . . .	97
Flashback_s con Café. . . . .	100
Mesías . . . . .	103

## Capítulo 5

Un sueño eterno . . . . .	113
Sunday Morning . . . . .	115
Desde el alféizar . . . . .	118
De las preguntas . . . . .	121
Inhala . . . . .	123
Al final. . . . .	125

# CAPITULO 1

## En el inicio

Relacionar cada historia iniciando con la última palabra o frase de la historia anterior. Los autores son libres de cualquier otra cosa.



# Abre los ojos

Yair Lira

*¡Abre los ojos, perra!*

Gritaba mientras sostenía el cuchillo con la mano derecha.

*¡Te digo que abras los ojos!*

Gritaba mientras me tomaba del cabello con la mano izquierda.

*¡Con una chingada! Abres los pinches ojos o qué chingados, ¿eh?*

Me decía mientras pasaba el filo del cuchillo por el borde de mi cuello.

*¿Vas a abrir los ojos, o qué?*

Me susurraba mientras encajaba la punta del cuchillo por debajo de mi oreja. Abrí los ojos...

—¿Qué te pasa, Isabel?

—Nada.

—Pues, písale que ya está el verde.

—...

—Pinche, Isabel, tú tienes algo, ya dime qué te pasa.

—No me pasa nada, ya déjame en paz.

—Neta, dime qué tienes, no quiero que vayas a salir con alguna mamada a la mera hora.

—Te digo, que me dejes en paz.

Isabel tomó por los testículos a su copiloto.

—Ay, ay, ay ta' bien, ta' bien, ya no digo nada.

El auto se estacionó en un callejón y permaneció ahí hasta que el reloj de Isabel hizo sonar su alarma. Ella descendió del auto, una mujer alta, hermosa, de cabello largo castaño oscuro, pantalón de cuero, camisa color vino y una gabardina hasta las rodillas, donde se asomaban unas botas negras.

El copiloto tomó el lugar al volante y se preparó como galgo a punto de salir al primer disparo, miraba caminar a Isabel rumbo al patio trasero de una casa situada al otro lado de la calle.

—Mami, ¿así está bien coloreado?

—Sí, mi amor, ándale, apúrate.

**iZaz!**

8 La puerta de la cocina cayó al piso, Isabel hacía una entrada rápida al lugar...

*Click, click, click*

Fue el sonido del gatillo de su arma, el silenciador no permitió que sonara más allá que el cuerpo de la madre caer muerta sobre la mesa, la niña entró en shock, Isabel se acercó a ella y la tomó del cabello, la niña comenzó a gritar.

Isabel la desmayó con un fuerte golpe en la nuca con la cacha de su arma...

—¡Abre la cajuela!

—Pinche, Isabel, no mames.

—Te digo, que abras la cajuela.

*truk*

—¿Por qué trajiste a la niña? Sólo tenías que matarla.

—Cállate y arranca.

El auto partió rápidamente por la avenida principal.

—¿Estás loca o qué te pasa? **SÓLO** tenías que matarla y ya.

—Lo sé, eso haré, sólo quiero mostrarle mi colección de cuchillos.

—No mames, eres una sádica.

# Noche buena

Srita. Pelo

**Sádica** es la manera en que acaba de vomitar la señora de la esquina que no vive en la esquina propiamente y que tampoco es prostituta, pero por alguna extraña razón siempre está en la esquina y nadie la mueve de ahí.

10

Nunca la he visto comer, beber, ni hablar; siempre está parada ahí en la esquina sin acercarse a nadie y sin hacer nada memorable. Curioso es que no parece tener problemas de salud y hasta podría decirse que es bastante guapa si no fuera porque en realidad es bastante fea.

Puede considerarse pesadilla, milagro, o ambas cosas, pero el punto es que la señora de la esquina vomitó esta mañana durante tres horas consecutivas. Los vecinos siguen sin entender cómo es posible que algo así haya pasado en nuestro aburrido y monótono vecindario.

La señora de la esquina vomitó a su marido, sus tres hijos, cincuenta dólares, veinticinco pesos, cuatro aretes de diamantes, una chara importada de París, dos libros de Jorge Luis Borges, y una postal firmada por Consuelito Velásquez. Que haya vomitado a su marido y a los tres adefesios que procreó con él, es entendible, pero que haya vomitado una postal firmada por Consuelito Velásquez es algo que ni la vida ni la ciencia pueden explicar.

Una pequeña niña de esas que caen mal con tan sólo verlas se robó los aretes de diamantes y el dinero que flotaba en el vómito

anaranjado. Al marido se lo llevaron a un circo y los tres hijos, una vez habiendo despertado de su letargo huyeron a un parque de diversiones que siempre está cerrado. La cuchara fue tomada por un anciano y la postal firmada por Consuelito Velásquez, por su mujer. Y al final sólo quedaban los libros de Jorge Luis Borges: magnánimos, sucios, recién vomitados.

Yo nunca he leído a Jorge Luis Borges y supongo que vale la pena meter la mano en el vómito y hacerlos míos, pero tengo miedo de que se acabe el mundo antes de poder leerlos y entonces mi osadía sería en vano. Me los robaré y que sea lo que Dios quiera. El día es bonito, y mañana es Navidad.

# Recuerdos

Simbad de la Porra

12

**Navidad** del '52 es una fecha que aún recuerda muy bien, los detalles se han ido borrando, pero el vívido recuerdo de la extraña que en la noche metía la mano en el vomito, —aquella asquerosa inmundicia— tratando de recuperar unos libros de un autor de apellido Borgues o Borges —Jorge Luis o José Luis, el nombre es lo de menos— aún le producía algo de gracia. Pero lo que ella hizo no fue mejor, recoger de esa porquería anaranjada los cuatro aretes y los cincuenta dólares.

Muchas veces se ha preguntado por qué hizo eso en vez de ayudar a la pobre señora que vomitaba sin control, o revisar al marido e hijos tumbados en el piso. Pero lo que la seguía lacerando era la mirada de odio de la extraña que tomó los libros; no entendía como alguien la podía odiar con tan sólo verla.

Aquel fue un año sorprendente, hubo dos grandes sucesos que marcaron intensamente su vida, uno fue el espectáculo de la señora vomitando; el otro y mas doloroso, ocurrió unos días antes de ese, el día que asesinaron a su madre. Hacía pocos días que habían llegado a la ciudad de la cual sólo conocía el camino de su casa a la escuela; ese fatídico día ella despertó temprano para terminar de colorear una tarea, cuando de repente, una mujer alta, hermosa, de cabello largo entró a la casa, sacó un arma que escupió apenas unos susurros, pero que se incrustaron en su madre con

la furia de un empleado que por fin se atreve a escupirle algunas verdades al imbécil de su jefe. Su madre cayó con la fuerza de un costal que un marino avienta desde la proa de un barco y cuando se acercaba a ella, una mano poderosa la asió del cuello de la camisa del uniforme y la jaló afuera de la casa.

Después de eso, todo transcurrió como una vieja y aburrida película muda, sólo recordaba en blanco y negro y de una forma lenta y monótona, entre sueños se vio dentro de la cajuela de un carro y posteriormente en la habitación de una vieja casa a las afueras de la ciudad, donde el olor a sudor, excremento y semen seco –olor que ella llegaría a conocer muy bien– impregnaban la habitación. Cuando despertó la mujer entró al cuarto y creyéndola dormida salió de inmediato cuando alguien a lo lejos gritaba: “ISABEL”.

De alguna manera que mal recordaba, se levantó y escapó por una pequeña ventana del baño contiguo, descendió por el tejado y corrió, era una fría tarde de otoño, no recuerda cuánto corrió ni a donde, pero cuando dobló en una esquina, vio a aquella mujer vomitando aquellas cosas; tomó los aretes y el dinero y siguió corriendo sin parar ni mirar atrás..

...Un breve grito llamándola hizo que despertará de esos recuerdos que habían acontecido hacía 20 años. Lanzó un breve repaso al espejo y ahí estaba ella, tan radiante como siempre; lista para la cena de su venganza; con el pelo ondulado descansando a media espalda; un vestido de color negro que le sentaba a la perfección una cuarta y media arriba de su rodilla dejando al descubierto sus torneados muslos, y un pequeño dije que colgaba de una discreta cadena de oro y que se escondía a la altura del escote que dejaba ver el inicio de un par de firmes y generosos pechos.

Dio un último vistazo mientras se decía a sí misma: “Para los hombres soy un arma letal”.

# Sobre las náuseas

Roberto

**Letal** como por mucho tiempo fue el amor de Isabel por aquella anciana, un pasado lésbico que la atormentaba, pero que a la vez daba sentido a su vida desquiciada

—Quiero que cagues en mi cara.

—No... pero... ¿cómo?... o sea ... así, ¿cagar nada más?

14

—Ajá, así nada más —con una voz tan excitada, proveniente de una garganta quemada por la nicotina mientras parecía no alcanzarle la vida para dejar de frotarse en la vagina aquel dije que siempre usaba.

Isabel sabía que se pueden hacer muchas cosas por amor, ¿pero cagar?, la mierda no estaba en esa lista de tarjetas, rosas, chocolates... sin embargo, la anciana tenía una teoría interesante para eso... de la misma forma que la tenía para casi todo.

—¿Te gusta el semen caliente de tu esposo no?

—...

—¿Que tanto podrías hacer por mí, Isabel?, he mordido cada uno de tus pezones oscuros hasta hartarme, te he encubierto, te he orientado, te he dado todo lo que necesitas, he soportado que el imbécil de tu marido me llame “pellejo enfermo” ¿y tú, no puedes usar tu insipiente fábrica de mierda para cagar sobre mí?

—...

—¿Habrás visto a esa niña... Isabel?, su pequeña vulva... la quiero... en mis labios... ¿me amas?, yo no te amo, pero sé que nos amamos...

¿complicado? No, es sólo que amo que seas mía, y tú no lo sabes, no lo entiendes, es lo que me encanta de ti Isabel, que seas tan estúpida.

El amor siempre fue para la anciana algo muy complicado, igual que para Isabel, demostrarlo nunca fue sencillo para las dos, la anciana no sabía que hacer, en su vida nunca fue vista más que como objeto por su adinerado marido homosexual al que le pertenecía, en su vida la tocó tres veces y de ahí tuvieron tres hijos de los que ya no se sabía mucho; Isabel fue para la anciana un ‘para sí’ de sí misma, pero joven, con vida, un títere con el que deseaba ver que tan lejos llegaba... ¿e Isabel? Ella era otra con la anciana, era disciplinada, educada, callada, casi servicial, una relación muy extraña, llena de pellejos y olores nauseabundos. Isabel no podía esperar cada martes para vivir la degradación que le causaba tener sexo con esa anciana, era suya para que pudiera usarla y la anciana hacía lo que mejor le enseñaron: usarla como le daba la gana.

Más de 16 veces Isabel pensó en llevar el amor que sentía por la anciana a otro nivel, un nivel aún más alto, ella la quería... y la quería para ella y para siempre, ¿kerosén?, ¿anticongelante?, ¿gasolina?, ¿botulinum? nah... libros de Borges, la hicieron vomitar en la preparatoria y seguramente la harían vomitar ahora, definitivamente es la mejor manera de acabar con una persona. Finalmente cualquier otra sustancia haría de la carne de la anciana algo tóxico, y no... Isabel tenía preparada una receta magistral, aún estaba el sol de su lado, antes que fuese Navidad, que tal que llega la madrugada y se queda sola, sin poder besar ni a su propia sombra.

# Psicopatía

Mar

**Sombra** azul en los párpados, y delineador negro al rededor de los ojos, solía aplicarse Isabel al maquillarse cada día.

16 Sin embargo, no necesitaba nada de eso. Ella era realmente hermosa: las proporciones de su cuerpo parecían figurarse a las de un maniquí en aparador de una boutique cara, sus ojos esmeralda hechizaban con sólo verlos, y la finura de sus facciones parecían haber sido esculpidas por un artista en un trabajo artístico de esos que tardan días enteros en lograrse. Isabel tenía además el fino porte que la mismísima Nefertiti, y el mismo carisma innato que poseía Diana de Gales.

No obstante, ello no le bastaba. Poco parecía importarle poseer aquellas virtudes por las cuales una millonada de mujeres pagan al adquirir y que en posesión de alguien más, otro uso podrían tener.

Isabel no pensaba en ello. Ella estaba concentrada en el odio que sentía por aquella imagen repulsiva que le enseñaron a amar cuando niña: La de un Dios amoroso que extendía su misericordia a una humanidad condenada a adorarle si no quería presenciar su furia. Odiaba además la asimetría del cuerpo humano, debido a la cual los zapatos para el pie derecho terminaban por salirse al caminar. Y odiaba encima de todo, a los niños y sus regordetas caras expresivas de felicidad.

El DSM IV, y quizá el V, el VI y hasta el DLXXI, —cuando hubiera tales ediciones— catalogarían a Isabel como un individuo con

personalidad antisocial, pues no cualquier persona disfruta atemorizar a un menor mostrándole los cuchillos con los que habrá de ser asesinado luego de conseguir se orine en los pantalones, por ejemplo. Sin embargo, incluir a Isabel en esa categoría significaría automáticamente que no podría experimentar emociones ni albergar sentimientos. Y ello estaba lejos de ser real. Ella realmente tenía sentimientos. Odiaba al Dios cuya existencia no le constaba, a los niños que solía atormentar desde que ella dejó de ser uno de ellos y a su pie derecho insignificantlymente más pequeño que el izquierdo; experimentaba frenesí y júbilo desbordante cuando atemorizaba a alguien sabiéndose dueña de la situación, y por último, amaba profunda, pútrida, lacerante, insana, intempestiva y casi heroicamente a aquella anciana a quien ni sus hijos podrían profesarle algo similar a la estima o el cariño.

Un día como cualquier otro de no ser porque su retorcida mente abrazaba un plan maestro, Isabel se maquilló con su habitual sombra azul y decidió salir a la calle a poner en marcha ese plan que le aseguraba nunca tener que soportar de nueva cuenta una risa infantil, jamás tener que arrastrar el pie para evitar perder un zapato, y lo más importante: poseer aquello que siempre fue suyo sólo a medias. Con ello demostraría que efectivamente tenía sentimientos.

# Otros rumbos

Jorge

## —¿Sentimientos?

18

Y con esa pregunta, mejor dicho, la única palabra que alcanzó a escuchar, perdió el tren de pensamiento que lo pudo haber llevado a resolver el caso. Suspiró pesadamente mientras tomaba su taza de café frío y bebía un sorbo, ya había perdido la cuenta de las horas que llevaba viendo las fotografías.

—No te escuché Nubia, ¿qué dijiste?

—Qué si pensabas que las personas que hicieron esto tienen sentimientos.

Él observó a su nueva compañera por un momento. ¿Qué hace una mujer joven y bella como ella en un lugar como este? Ah, sí, graduada con honores de la universidad, se le ocurrió al cerdo del jefe que le podría ser útil en más de un aspecto. Pobre ilusa, de seguro piensa que está haciendo algo por el mundo.

Bajó nuevamente la mirada a las fotografías del homicidio. Mujer caucásica de 30 años. Herida por 3 disparos, 2 en el pecho justo al corazón y uno en el centro de la frente, en donde se encuentra el tercer ojo, el último sin duda para rematar. Claramente se observaba que este era el trabajo de un profesional, la mujer hubiera muerto desangrada de no haber sido por el disparo en la frente. El resto de las fotografías solo narraba de una manera muy difusa lo sucedido: El asesino tumbó la puerta, mató a la mujer y se fue. La única pista de que habían secuestrado a la pequeña es

que la niña no aparecía por ningún lado. Fuera de eso no había nada más, ni una pista. Quien quiera que haya hecho esto lo hizo con una enfermiza elegancia. Esa elegancia ya la había visto en al menos otros 3 casos, ninguno ha sido resuelto.

—No lo sé Nubia” —finalmente contestó—. Escucha, todavía tengo muchos papeles por revisar ¿por qué no te vas a casa y descansas un poco? *Sirve que ya no me interrumpes*, —pensó para sí.

Caminó apresuradamente hasta la entrada de su edificio con copias de todos los papeles del caso entre sus brazos, ¿Descansar? ¡Já!, si quería ayudar en algo tenía mucho que estudiar. Trabajosamente sacó las llaves de la entrada de su bolsillo, hizo malabares para entrar, cerrar la puerta, atrapar unos papeles que se le estaban cayendo y girar para poder subir las escaleras para después estamparse torpemente con una persona que iba bajando.

*Donde sea el chavo del segundo piso voy a tener que rogar que me trague la tierra*, suspiró un tanto aliviada al notar que se trataba de otra persona.

19

—¡Perdón!, no me fijé por donde iba.

No recibió respuesta alguna, la persona sólo se agachó, levantó unos papeles que se habían caído y se los entregó.

—Eres la que se mudó la semana pasada, ¿verdad?

—Sí, me llamo Nubia, mucho gusto— trató de extenderle la mano, pero unos papeles que se deslizaban de entre sus brazos se lo impidieron. *¿Así o hago más ridículo?*

—Perdón, pero mejor entro antes de que riegue los papeles por todo el piso”.

—No te preocupes —contestó y se dirigió a la salida del edificio.

Nubia subió unos escalones antes de volverse. “Oye y ¿cómo te llamas?”

—Isabel.

—¡Mucho gusto!

Finalmente entró a su departamento y después de dejar todos los documentos sobre la mesa se desplomó en su sofá.

—Qué onda, ¿Con quién hablabas?

—Creo que con una chava del edificio.

—¿Crees? ¿la conozco? ¿estaba buena?

—No, de hecho no la había visto, pero sí, era muy guapa.

—Nubia, ya sé que no eres de por aquí y que trabajas con detectives, pero ya deberías de saber que...

—Sí, ya sé, ya sé, no llevo ni una semana aquí y ya me lo dijiste miles de veces: No hay que hablar con extraños, podrían ser... ¿Qué era? ¿Violadores... rateros... psicópatas?

—Asesinos, Nubia, asesinos.

# Conversando con ella

El Cuervo

—**Asesinos**, eso es en lo que se han convertido.

—¿Realmente eso es lo que crees?

—Por supuesto, si no, dime tú, ¿quién en su sano juicio sería capaz de hacer eso con una pobre mujer?, ¿porqué después de haber recibido dos balazos en el pecho, habría de darle el tiro de gracia?

21

—Por piedad, seguramente.

—¿Piedad, dijiste?, ¿acaso tienes mierda en lugar de cerebro?

—La madre pudo desangrarse por varios minutos, posiblemente horas antes de que llegara alguna ambulancia de nuestro “eficiente” sistema de salud público, pudo haber tenido una lenta y terrible agonía antes de desangrarse por completo, por eso quien quiso poner fin a su vida, tuvo piedad de ella y decidió que lo mejor era que finalizara lo más rápido posible.

—En verdad, me enfermas **Nubia**, a veces pienso que tu trabajo en la policía no es más que una forma de saciar tu sed de violencia diaria.

—¿Violencia?, como se nota que nunca sales de aquí, deberías de asomarte a la ventana de vez en cuando, no necesito mi trabajo de detective para enfrentarme a la violencia de esta pinche ciudad; para ello sólo bastaría internarme en el mal llamado cinturón de miseria que nos rodea, ¿o acaso no lees los periódicos o en verdad eres estúpida? ¿sabes acaso el promedio de muertos que

nadie reclama y que a diario aparecen esparcidos en pedazos?, dependiendo de los “pecados” cometidos, los puedes encontrar sin lengua, manos o incluso decapitados.

—Ok, ok, cálmate, por favor, me impresiona la forma en que pierdes los estribos tan rápido, te exasperas con tanta facilidad que el día menos pensado, ese revólver que portas con tanto orgullo regresará manchado con la sangre del pobre infeliz que te haga encabronar.

—Lo dicho, eres una ignorante, en verdad que no me conoces, ¿o tan rápido se te olvidó que me gradué con honores de la universidad?, Mi IQ de 190 y mi afiliación de diez años a **Mensa** lo avalan, tengo un control total sobre mi persona y mis emociones jamás superarán a mi obligación de engrandecer los ideales de justicia en favor de la sociedad.

22 —En verdad que por un momento me lograste engañar, “ideales de justicia”, quien te escuchara creería que hablas en serio, bien podrás ser la próxima Albert Einstein o, **Stephen Hawking** pero mientras no resuelvas el pequeño “problema” dentro de tu cabecita, no serás segura para ninguna persona, nadie te conoce mejor que yo, por eso te digo que nadie está seguro junto a ti y me apiado del pobre imbécil que se cruce en tu camino, casi siento lástima por esos homicidas y violadores con los que lidias a diario, no saben en manos de quién cayeron.

El que seas una genio, de ninguna manera subsana tu deplorable estado de salud mental, ¿o dime quién en su sano juicio bebe a media noche el café frío que no bebiste por la mañana?

—Mi “loquero” de cabecera seguramente estaba más pirado que yo, decía que sufría de principios de esquizofrenia y no hacía más que mantener mi bolso lleno de medicamentos impronunciados, si mi jefe se hubiese enterado me hubiera corrido de inmediato.

—Posiblemente sería lo mejor, no pondrías en riesgo a los demás.

—No sabes lo que dices, gracias a mi trabajo hemos vivido con relativa comodidad, por supuesto, a costa de los delincuentes que pululan en “mi” ciudad, gracias a ellos puedo dar rienda suelta a mi adrenalina acumulada por días, después de todo, ¿quién les creería que una “simple” mujer los golpeó hasta casi morir?, es lo bueno de mi apariencia escuálida, *navega con bandera de pendeja* fue el mejor consejo que recibí de mi padre.

—Aun así, creo que hace mucho que rebasaste la delgada línea que separa la cordura de la demencia.

—¿En verdad, eso es lo que crees de mí?

—¡Por supuesto!, dime, quien en su sano juicio sostiene una conversación con su reflejo en el espejo.

De inmediato Nubia volteó la mirada, dio un sorbo a la taza con café que sostenía en su mano izquierda, la arrojó con violencia sobre aquel espejo con marco de plata que con tanto ahínco había protegido y se dispuso a dormir.

# El incendio

Pelo

**Se dispuso a dormir** a las cuatro de la mañana en una silla que estaba en el pasillo; a los quince minutos se levantó y se durmió en el piso; una hora después se volvió a levantar y se fue a su casa, donde ya no pudo conciliar el sueño.

24

A las seis de la mañana se pueden hacer muchas cosas, ella lo sabía, y muy bien. El problema es que no estaba en ninguna disposición de hacerlas, por lo que se limitó a mirar el techo mientras imaginaba que las hormigas fornicaban en los agujeros. “Esa hormiga lo hace muy bien”, pensó. Y se puso a cantar una canción de Billie Holiday.

Acto seguido, escuchó un ruido estruendoso y ensordecedor, gritos, y fuego. En realidad no se puede escuchar el fuego, pero ella tuvo la sensación de haberlo hecho, e incluso le molestó dicho ruido, pero no hizo nada al respecto. Se quedó recostada en su cama viendo las hormigas fornicar mientras el caos reinaba en la cuadra, los niños lloraban, las mujeres gritaban, y los bomberos brillaban por su ausencia. “A esa hormiga le falta pasión”, pensó. Y se puso a cantar una canción de Edith Piaf.

De pronto las llamas llegaron a su habitación como si fueran olas y el calor lo inundó todo. No había mucho que hacer, nada ni nadie podía salvar su vida en ese momento. Ni siquiera le interesaba salvar su vida, ¿para qué? Tomó a una hormiga y la besó de una manera un tanto extraña, por no decir zoofílica, y a las ocho de la mañana murió de una manera bastante ardiente metafórica y literalmente hablando.

# Los dedos de Nubia

Simbad de la Porra

**Literalmente hablando** la hormiga murió. Nubia estaba medio desnuda, el pelo lo tenía enmarañado, con una mano acariciaba su pubis por debajo de sus húmedas bragas de algodón y con la otra frotaba frenéticamente a la hormiga alrededor de las oscuras aureolas de sus pechos caídos, la hormiga ya había muerto decapitada en una de las tantas veces que ella la apretaba contra sus duros y prominentes pezones, pero eso no impedía que ella imaginara que se estaba cogiendo a la hormiga.

25

Ella seguía proporcionándose placer manipulando hábilmente su clitoris cuando abrupta y sorpresivamente entró en la habitación, el amante en turno de Nubia. El vestía un viejo pantalón de mezclilla roído de la rodilla, unos sucios tenis Converse y una camisa verde chillante, tipo Polo, estaba lleno de hollín y sudor; la escena le alteró y excitó a la vez, no obstante él le gritó:

—¡Pero con una chingada Nubia!, ¿se puede saber que putas madres haces? —Nubia se sobresaltó, en el mar de su éxtasis no se había dado cuenta del incendio, confundió los crujidos de la vieja estructura de acero y madera con la fuerte excitación que sentía en esos momentos; el calor del piso con el calor de su cuerpo. Y sin siquiera darle tiempo de responder el continuó “el pinche edificio se esta quemando ¿y tú, te estás masturbando?”

Enojado por el hecho de que ella se masturbaba en su ausencia, la levantó del suelo por el brazo, y sin darle oportunidad

de vestirse la empujó por la ventana de la sala que daba a la oxidada estructura de las escaleras de emergencia y empezaron a bajar, la antigua escalera rechinaba con el peso de los demás vecinos que también venían descendiendo, pero se mantenía firme como un viejo soldado de guerra, si acaso, un poco más firme que los pechos de Nubia que se balanceaban al compas del movimiento.

26 Cuando pasaban por el balcón del apartamento de abajo se dieron cuenta que el fuego había iniciado en ese piso, el de Isabel, la chica que hacía unos días Nubia había conocido y que su pareja se había mostrado tan interesado en que Nubia le diera más detalles. Del apartamento en llamas salió una mujer empuñando un arma, la cara salpicada de sangre, iba descalza, tenía una agilidad tremenda y llevaba puesto un vestido corto de color negro, y un pequeño dije que colgaba de una discreta cadena de oro que se escondía a la altura del escote de ella. Reconoció a Nubia, aunque Nubia no sabía quién era la mujer misteriosa que tan elegantemente vestía. Levantó el arma y la accionó en dirección al pecho desnudo de ella. Nubia vio venir el movimiento y la acción de la mujer, en un acto reflejo se movió hacia su flanco izquierdo, pegado al soporte de la escalera; en el mismo momento que se giraba, se arrepintió, trató de regresar, pero ya era muy tarde, en un acto de supervivencia ella se protegió, pero dejó descubierto a su amante, quien no había visto el arma. Dos susurros rompieron el aire y se incrustaron en el tórax de el, uno de los disparos perforó limpiamente el pulmón. Apenas alcanzó a llevarse las manos a la altura del pecho, sintió una fuerte descarga y un calor abrazador, le faltaba el aire, se le nublaba la vista, sintió algo que lo trataba de asir del brazo y de repente ya no sintió nada, sólo vio un destello que lo encegueció, y después sólo sintió paz, ya no vio el edificio arder, ya no apreció la caída desde las escaleras del edificio, ni tampoco sintió el momento en que su cara fue a estrellarse al frío y sucio pavimento.

Nubia gritó, el cuerpo de él se le escabulló entre sus finos dedos, sólo escuchó el sordo y seco golpe del cuerpo al estrellarse, se llevó la mano a la cintura para desfundar su arma, pero su mano sintió tan sólo el contacto desnudo de su cintura y el inicio de sus bragas, lo único que llevaba de ropa, trató de incorporarse, bajó corriendo las escaleras empujando a los otros vecinos, y corrió detrás de la mujer sin detenerse a atender a su amante. Pero esta mujer aún iba descalza, era muchísimo más ágil y rápida, aunque Nubia gozaba de una complexión atlética que no concordaba con sus opulentos y caídos pechos y se ejercitaba regularmente, no pudo darle alcance. Nubia se detuvo a 5 cuerdas de su edificio, a lo lejos se oía el ulular de las bocinas de los camiones de bomberos y de las ambulancias y el resplandor de las llamas que rompían la obscuridad de esa fría mañana de finales de diciembre del '52, lágrimas de dolor y coraje surcaban su bello rostro, estaba jadeando y completamente desnuda, pero ya no era por la excitación de hacer unos momentos, ahora era por la rabia e impotencia. Mientras regresaba a lo que era su edificio, la gente se le quedaba viendo con cierto morbo, los bomberos aun no controlaban las llamas y los médicos se avocaban a atender a los lesionados.

27

Molesta, Nubia se retiró, buscó infructuosamente algo con que taparse pero en el caos del momento y el cuerpo de su novio aun tendido en el suelo sin atención, no había nadie que la ayudara, se retiró un poco para evitar que las cámaras de la prensa que estaban llegando la fotografiasen, buscando protegerse, se escondió en un callejón lateral a esperar. Instintivamente volteo y la vio nuevamente, allí estaba parada, con una enigmática sonrisa y apuntándole directamente a la cara.

El jefe del cuerpo de bomberos, un viejo y bondadoso capitán de la fuerza aérea retirado, observo a la mujer desnuda esconderse en un callejón, pensó que estaba herida y desconcertada, tenía que ser una víctima del incendio, por lo cual tomo una franela de lana del camión y se enfilo al callejón para auxiliarla y cubrirla del

frío matinal. Antes de doblar en la esquina del callejón, escuchó un sonido, era un retumbo familiar y muy lejano, un ruido seco que se expandió en la atmósfera del lugar y que le taladró los oídos: “Pum, pum, “pum”.

# Acid Street

Roberto

“Pum, pum, pum” fue lo que despertó a Nubia súbitamente, como en las películas éves que de repente pasa algo chingón y aun no acaba la escena cuando ya está otra, en otro pedo?... Ah, pues así, imagina que de la escena del callejón se hace un *close-up* a los ojos de Nubia, acostada, en la cama, bien *paniqueada*, con la nariz “empolvada. ¿Si entiendes? Ya tenía tanta práctica haciéndolo que lo podía hacer acostada, el pedo es que se batía toda y se desperdiciaba un poco, pero, pues que hueva pararse nada más para alinearse ¿no?

29

Nubia se levanta y tiene esa sensación que te deja la cocaína en la nariz, como apelmasadita. Al pasar saliva sentía como si tuviera la garganta anestesiada sumado a la resaca típica del polvo, que sientes como un hueco, pero que si en tu camino se te cruzan unas donitas bimbo te las quieres aspirar.

Se paró de la cama, apagó el televisor, le pareció muy raro, pues justo acababa de soñar que todo se quemaba, inspeccionó el lugar, encontró una placa de policía “¿como llegó esto aquí?” se acerca a un reproductor de CD, lo enciende y sale esta canción:

(nota: la historia pierde su sentido si no escuchan la canción eh...)

Entonces quién sabe qué carajo pasó que del baño del cuarto salgo yo... sí, yo, Beto... Nubia se saca de pedo, se asusta, y va al otro extremo del cuarto... Yo también me asusté, no es común salir de echar una meada y ver a una vieja toda pálida que evidentemente esta “hasta arriba” sentada en la cama de tu habitación escuchando una rola de Luis Miguel.

—Pues yo nomás te iba a decir que le cambiaras, no me gusta esa rola y se va a estar repitiendo, no sirve bien esa madre —le dije.

Ella no contestó nada, cambió un poco su semblante y cual película porno me la empecé a coger bien cabrón No, no mames, al ritmo de la rola de Luis Miguel que se repetía y se repetía, poca madre la cadencia de esa rola para coger por atrás, por adelante, por la boca, de perrito, de cabeza, no, no, poca madre, uuuf... no mames.

30

Tomamos un *break* para —a falta de lubricante— untarme un poco de vitacilina para que resbalara chido (la cruda de la cocaína siempre deja a las viejas súper secas), y le comenté:

—Desde que te incluyó Jorge en la historia te he traído unas ganas de no mames, aparte esos cabrones te describieron súper buena, no podía desperdiciarte así nada más.

Desconcertada ella contestó: “¿eh, de qué hablas?”

—Igual y esta es la última cogida de tu vida... a menos que alguien te reviva, pues yo creo que eso va a pasar porque según las reglas del blog yo no puedo matar a un personaje que no inventé, en todo caso te tendría que matar Jorge.

—¿?

Ahora volvamos al principio de esta entrada donde se hace un *close-up* a la cara de Nubia... bueno, esta vez, está acostada en un cuarto de hospital.

—¿Cómo está?

—Mal.

—¿Se repondrá?

—Pussss, igual... aunque fueron tres disparos, no mames.

—Cha... y está re buena... es una lástima.

—Cagado que semi inconsciente estaba murmurando “todo es vano y pasajero si no estás conmigo”.

# Resolución

Jorge

“Todo es vano y pasajero si no estás conmigo”.

Escuchó con leve claridad. Que curioso poder escuchar a la gente cuando no se fija en lo que dice. Jamás se le hubiera ocurrido que ella escucharía ese tipo de música. ¿Qué estaría soñando?

32

La observó nuevamente.

De no haber sido por el respirador hubiera dicho que su respiración era tranquila. De no haber sido por el suero conectado a su brazo con quién sabe que droga, hubiera dicho que dormía plácidamente. De no haber sido por que era una bata de hospital, hubiera dicho que su vestimenta parecía cómoda. De no haber sido porque la mocosa escapó, hubiera cobrado una fuerte suma de dinero. De no haber sido por ese sadismo que no podía controlar, hubiera matado a la niña en la casa en lugar de deleitarse mostrándole su orgullosa colección de cuchillos.

Pero el hubiera no existe. La vida para ella se regía en decisiones, lo demás sólo era consecuencia de estas. Uno tomaba decisiones todo el tiempo por las más diversas razones por muy irrazonables que estas lleguen a ser.

Fue su decisión encajular a la niña. Fue su decisión aterrorizarla con los cuchillos. Fue su decisión experimentar con ella para ver hasta cuando escapaba. Fue su decisión regresar a dispararle a Nubia en lugar de escapar y ciertamente fue su decisión estar parada en la entrada de la habitación del hospital y observar la muy lenta recuperación de la detective.

Un hombre de mediana edad se paró a su lado. “Lo único que tengo que hacer para encontrarte es buscarte en los lugares menos pensados, lo cual irónicamente resulta muy obvio”.

Isabel no respondió, se limitó a observar el pecho de la detective y como este subía y bajaba con su respiración.

—¿Vienes a terminar el trabajo?

Isabel ni siquiera lo volteó a ver.

—No, todavía no hay precio por su cabeza.

—No he recibido ninguna evidencia de que hayas terminado tu último contrato, ¿recuerdas? La hija del empresario.

—...

—Bueno, no importa, de todos modos creo que el tipo recibió el mensaje con la muerte de su esposa y la desaparición de su hija, pero no te puedo pagar el resto de lo que acordamos, después de todo, en teoría no cumpliste con tu parte del trato.

—...

Siguió la mirada de la asesina hasta llegar a la detective. Sonrió para sí.

—Te gusta jugar con la gente, sus probabilidades de sobrevivir son exactamente del 50% todo depende de cómo responda a la operación.

—...

—Ella, es una detective, lo sabías ¿Verdad?

—Por supuesto.

—¿Qué pasa, si despierta y te busca?

—Tendré una nueva compañera para un nuevo juego.

—Necesitas un pasatiempo.

—Tengo un cuchillo nuevo, ¿no te gustaría verlo?

No recibió otra respuesta. Ella en verdad no la esperaba, pero decidió que ya era suficiente tiempo perdido en ese lugar. Dio media vuelta, se dirigió a la salida y desapareció entre la gente.



# CAPÍTULO 2

## La luz no encendió

Cada historia deberá titularse La luz no encendió y deberá tener algo que ver con el mismo. Además en cada historia aparecerá una serie de 5 elementos recurrentes que se presentarán en cada historia. Los elementos son:

- ▲ Una fotografía
- ▲ Una llamada telefónica
- ▲ Un denario (moneda romana de plata)
- ▲ Una pluma (no un bolígrafo)
- ▲ Un gato

Los autores son libres de cualquier otra cosa.



# La luz no encendió

Yair

—Hola, te traje flores.

Decía Ricardo mientras las ponía sobre el buró junto al respirador.

—No me podía decidir entre girasoles u orquídeas, así que traje tulipanes, espero te gusten. Quiero darte algo, es un amuleto de la suerte que me ha acompañado todo este tiempo en la fuerza.

37

Ricardo sacó del bolsillo de su gabardina una *moneda antigua incrustada en un aro atravesado por una cadena de plata*.

—*Es un denario*. Mi padre me lo dio cuando me enlisté en la academia y desde entonces me ha traído suerte. Ten, quiero que lo tengas.

Se acercó a Nubia y le puso el denario alrededor de su cuello.

—Juro que atraparemos a quien te disparó, lo juro. Acabo de toparme al jefe en el pasillo, parece que él también está preocupado por ti y me ha asignado a otro caso, dice que es mejor que me mantenga en otros asuntos para no dejarme llevar por la ira en la investigación, y... creo que tiene razón.

Ricardo caminó hacia la ventana.

—Minina, está bien, al parecer apenas regresaba a tu departamento cuando el incendio comenzó, la recogí y ahora está en casa, descuida, le compré un ratón de juguete y parece encantarle, es una gatita simpática después de todo.

Ricardo dio media vuelta y caminó a la entrada, cerró la puerta y regresó a un costado de la cama de Nubia.

—Logré conseguir algo de información en las calles, algunas personas vieron a una mujer salir corriendo del callejón y subirse a un deportivo azul, al parecer el auto era un clásico; maldita sea, Nubia, ¿por qué tú? —decía mientras acariciaba su frente.

—¿Dónde te fuiste a meter, eh, Nubia? no es bueno que te vayas por ahí sola en esa bata de hospital —decía en tono bromista mientras removía del cabello de Nubia una pluma que se había escapado del relleno de la almohada.

*prrrr*

*prrrr*

Sonó el teléfono celular.

—Detective López, ¿qué sucede?

38

—Ricardo, será mejor que dejes por ahora a Nubia y te dirijas a la avenida central, parece que hubo un choque de autos, y uno de ellos es un deportivo azul..

Un Mustang Shelby Cobra incrustado en un poste de luz, una mujer aún consciente sobre el volante, Ricardo estaba a dos cuadras de ahí.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Esta mujer venía por la avenida y al tratar de dar la vuelta perdió el control y bueno, he aquí el resultado.

—¿Sobrevivió?

—Increíblemente sí, López, en este momento los paramédicos la están sacando del auto.

Ricardo se acercó al vehículo mientras los paramédicos atendían a la mujer, se introdujo al auto, abrió la guantera para toparse con una fotografía suya; se quedó frío de la impresión de verse, rápidamente abrió la cajuela y se dirigió a ver su contenido: una bata blanca, un sobre amarillo y un arma con silenciador. Mientras Ricardo revisaba más a detalle el vehículo los peritos interrogaban a la mujer:

—¿A dónde iba con tanta prisa?

—Al hospital.

—¿Tiene idea de la velocidad que llevaba?

—Estuve a punto de alcanzar los trescientos— decía con un tono sarcástico mientras le ponían el collarín.

—¿Y por qué no se frenó?

—La luz roja.

—¿La luz roja?

—Sí, la luz no encendió.

# La luz no encendió

Simbad de la Porra

—¿Dónde estamos?

—En la luna.

—...mmm, ¿que hacemos aquí?”

—No sé, es tu historia.

40

—¿Qué hay en esa caja?

—¿Caja?, hace un par de segundos no estaba. Es difícil darle una coherencia a tu historia si los elementos van saliendo mientras vamos caminando. Hace un momento estaba frente a mi viejo televisor viendo la película de *Juana la Alacrana* y ahora estoy caminando contigo, en la luna, en medio de la nada y sin equipo de oxígeno.

—¿Y la caja?

—Dale con la caja, pues abrámosla a ver qué tiene. A ver, una **fotografía**; una **llamada telefónica**; un **denario**; una **pluma** de ganso; y el **gato** que se comió al ganso.

—¿Y todo eso?

—Ni idea, alguien lo habrá dejado, a parte me cagan los gatos y no pienso escribir nada de gatos.

—¿Y Nubia?

—Para lo que me importa, pinche Nubia, cada quien hacía con ella lo que quería. A parte nunca me ha gustado compartir, no pienso volver a hablar de ella”.

—Ven, entremos por una cerveza.

—¿En la luna?

—No, no es la luna, es una cantina que se llama la “luna”, y no es tan mala después de todo, y ahí trabaja una mujer que tiene unas chichis aguadas, pero sabrosas.

—¿Te has dado cuenta que siempre tienes que hablar de tetas, escotes, dijese escondiéndose en las tetas?, ¿estás obsesionado con los pechos femeninos?, ¿eso es lo primero que siempre ves?, ¿no te da pena?”

—No lo había pensado así, pero creo que sí, estoy obsesionado con los pechos femeninos; y no, no me da pena... ¡Lupe, Lupe, por favor, tráenos dos carta blanca! Ah, pinche vieja, esta un poco gorda, pero bien sabrosa... y la cabrona viene y me embarra las chichis en la cara, como si con eso le fuera a dejar más propina; a parte, como bien decía Enrique Jardiel: *Los senos de la mujer son la única persistencia del hombre; los coge al nacer y ya no los suelta hasta morir de viejo.*

41

—Siempre le dejas un chingo de propina.

—¿Sabes que este será uno de tus peores *posts*?

—Primero, ¿Por qué piensas que escribiré de esto? y segundo, ¡me vale madre!, yo sólo vine a ver el par de tetas de esta cabrona.

—Pues, cógetela.

—¿A una pinche mesera?

*VOZ AMBIENTAL*

—*Les recordamos que el museo cerrara en 15 minutos.*

—¿Y la mesera?

—De que chingados hablas, en un pinche museo no hay meseras, mejor córrele, vamos a ver la pintura de la luna.

—Me voy, no vine a la playa a visitar un museo que huele a meados como este.

*VOZ AMBIENTAL*

—*Favor de no acercarse a la orilla del rascacielos.*

—¡Put madre! Que chingados hago ahora en un rascacielos.

—¡Mira Mami!, ¡Mira Mami!, desde aquí se ve más grande la Luna.

—Ja, ja, ja, con el niño y su mami; ven marinero; tómame de la mano y corramos.

—¿No oíste, que no te acerques a la orilla?

—Ja, ja, ja, ¿de qué hablas marinero? Si estamos en medio de un valle, ni montañas hay aquí.

—¿Y la luna?

—¿A las tres de la tarde de agosto quieres ver a la luna?

—¿No la traes escondida debajo de tu escote?

—Ja, ja, ja, ¡Hay marinero!, quita tu mano de ahí.

—¿De la luna?

—¡No, de mi escote! Además, no me agarres las chichis que me provocas y luego me tienes que cumplir.

42 —Pero, no nos conocemos, te he dejado propinas, pero ¿de eso a coger?

—¡A chinga!, me agarras las tetas, ¿y te encabronas por que sugiero que cojamos?, ¡eres un *freak*!

—¿Y la caja?

—*Freak*

—Al menos enciende la luz, eso hacen las meseras ¿no?

—¿Ahora, de qué hablas marinero?

—¡Ni idea!, pero con el foco fundido y de noche, ¡no puedo ver tus senos!

—¿Ahora resulta que el nene siempre sí quiere coger? ¡ajá como no!

—¡Pero, *la luz no encendió!*

—*Freak.*

# La luz no encendió

Jess

No me gusta recordar el pasado.

Pero, se empecina en hacer acto de aparición a cada instante.

Lo encuentro en cada esquina, en cada prostituta, cada carro que arranca, cada edificio, cada mirada que se atraviesa en mi camino.

Antes de casarme con la “mujer de sociedad” que me impusieron mis padres, conocí a Sofía.

Podría olvidar en casa mi licencia, mi pasaporte, mi tarjeta *golden* o hasta las llaves de mi casa, pero nunca podría olvidar su **fotografía**. La llevo siempre conmigo.

Éramos jóvenes.

Sí, sólo un par de idiotas irracionales.

La primera vez que la vi, estaba en esa esquina, por la que acabo de pasar en mi *cadillac*.

No era una meretriz cualquiera.

Desquitaba cada cero de los billetes que yo le entregaba antes de salir de la habitación.

Yo sabía que moría del asco al besarme y al sentir mi cuerpo... pero después, la hora pagada se extendía por mucho tiempo más.

Le gustaba fornicar con todas las luces prendidas.

Sabía su perfección anatómica y le gustaba observar su cuerpo en los espejos colocados en el techo del cuarto.

Recuerdo esa noche en que mi irracionalidad llegó a ser mi única directriz.

Ambos caminamos al hotel acostumbrado.

Antes de llegar, **un gato negro** se cruzó en nuestro camino.

Esa fue la primer señal, pero ninguno de los dos creíamos en la mala suerte.

Así que proseguimos, hasta llegar a esa vitrina en que se encontraba un maniquí modelando una estola. Para mi gusto, el color y el corte eran demasiado vulgar, pero Sofía pensó que era un simple accesorio que la haría ver como una “mujer bien”, así que la compré.

Llegando a la habitación, no permitió que la tocara, ella inició un ritual demasiado sensual frente a mí, mientras sus ropas caían, hasta que al final, únicamente se quedó con la estola puesta.

Nunca me he sentido tan excitado.

44 Me pidió que le ofreciera una suma grade de dinero, a cambio de poseerla, yo metí mi mano en el bolsillo y lo primero que encontré fue un viejo **denario** que iba a formar parte de mi colección de monedas antiguas. Sofía lo vio y me dijo que eso era basura, que no valía la gran cosa, y a cambio de él sólo me daría **una pluma de ave** de las que se encontraba constituida su estola.

Yo asentí. Nunca la había visto sonreír hasta ese momento.

Tomé mi pluma. Y ella, tomó su moneda.

En ese momento, supe que ella era “la mujer” para mí.

No hubo sexo, sólo nos acostamos uno al lado del otro y no recuerdo en qué momento perdí el conocimiento.

Desperté a medianoche, Sofía no estaba a mi lado, sonó el teléfono y era ella; recuerdo su voz perfectamente, parecía tan feliz, me propuso escaparnos y dejar todo atrás, yo sonreí e iba a contestarle, pero ella no me lo permitió, a manera de burla me dijo que se encontraba en la caseta telefónica ubicada frente al hotel, que si mi respuesta era un “sí” prendiera todas las luces como cuando la cogía y si mi respuesta era un “no”, simplemente continuara durmiendo, terminó con un “así que tu respuesta es...”, y colgó.

Me tiré en la cama sonriendo, ella era todo para mí, **esa lla-**

**mada telefónica** que acababa de recibir era el mejor momento de mi vida, sólo que la lámpara había hecho falso contacto y no encendió la luz, fui hasta la entrada del cuarto y tampoco encendió, me dirigí al baño, al tocador, a la cabecera de la cama, y **nin-guna estúpida luz encendió**, no sé cuánto tiempo transcurrió en lo que me puse el pantalón, bajé corriendo los 13 pisos que me separaban de la recepción, atravesé corriendo la calle hasta llegar a la caseta telefónica, no encontré a nadie, sólo una nota que decía: “A partir de hoy, ya no soy Sofía, sino Isabel. Volveré por mi pluma y te entregaré tu moneda”.

El mismo denario que encontré colocado a un lado del cuerpo inerte de mi esposa.

Es hora de que yo también entregue esa pluma.

# La luz no encendió

El Cuervo

46

—Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra, se oyeron algunos gritos de pánico por el repentino apagón, además de murmullos y risas; una voz con tono autoritario increpó a los empleados del lugar para que verificaran lo que había sucedido con la energía eléctrica, **¡la luz no encendió!**, se escuchó a lo lejos. Cuando de forma inesperada —repentina como fue el corte de energía— regresó la luz a la cafetería en que me encontraba, mis pupilas se contrajeron al instante como reflejo del inesperado destello del viejo candelabro que se encontraba arriba de mí.

—A pesar de haber perdido la noción del tiempo desde que me encontraba allí, podría jurar que llevaba no más de quince minutos, pues la mesa rectangular que estaba frente a mí, se veía limpia y sin ningún rastro que indicara que ahí había comido alguien; se encontraba sólo una servilleta de tela y un cenicero, mismo momento en el que se percató de mi presencia aquella persona con voz autoritaria, inmediatamente se dirigió hacia donde me encontraba, se detuvo tan sólo a un par de pasos de la silla que ocupaba y me concedió una gran —y aparentemente sincera— sonrisa, me preguntó si me encontraba bien a lo que contesté con un simple y sencillo monosílabo, “sí”.

—¿Está bien atendida, señorita?

—Señora —respondí. Quisiera tomar algo, pero nadie me ha atendido aun, ¿me podría traer una soda?

—Lo siento, pero únicamente servimos café.

—Café está bien, entonces.

—En un momento ordeno que se lo sirvan señora.

Fue cuando cayó en cuenta de que no podía recordar su nombre, obviamente no quería parecer una loca desquiciada o pasar por estúpida, por lo que únicamente respondió:

—Usted parece una persona amable y no quiero parecer grosera, pero preferiría conservar en el anonimato mi nombre.

Ante tal respuesta, frunció levemente el ceño, se encogió de hombros y dijo:

—De ninguna manera quiero parecer entrometido señora, aquí, ante todo, respetamos a quienes nos visitan, sin importar el tiempo que permanezcan con nosotros, pues lo que queremos es conservar su “paz interior”.

Aquel último comentario le pareció extraño, irónico tal vez, pero con un dejo de seriedad que le hizo dudar si le estaba jugando una broma.

El lugar en que se encontraba era increíblemente amplio, las mesas estaban acomodadas simétricamente, al parecer en una sola fila, tanto horizontal, como verticalmente, apenas alcanzaba a distinguir las paredes de la habitación de las que colgaban numerosos cuadros que mostraban **fotografías** en color sepia de personas desconocidas para ella; observó además que el lugar se encontraba casi lleno y por extraño que parezca, solamente una persona ocupaba cada una de las mesas de aquel café, todos frente a una taza con la misma bebida que ella había pedido, silenciosos y serenos a la vez, callados y solitarios.

Recordó que traía en el bolsillo delantero izquierdo de sus *jeans* su celular, por lo que se dispuso a hacer una **llamada telefónica**, pero, ¿a quién la haría, si ni siquiera recordaba su nombre?, pensó entonces marcar al número de la última llamada realizada, pulsó el botón que le indicaba remarcar y entonces, silencio, nada, no había señal; con la mano izquierda en alto hizo

un ademán a quien aparentaba ser el jefe de meseros, quien de inmediato acudió ante ella y le cuestionó sobre si en aquel lugar podría realizar una llamada telefónica.

—No está permitido comunicarnos con el exterior señora, es decir, no contamos con ningún teléfono, lo siento, pero aquí está su café, espero sea de su agrado.

Desconcertada por aquella respuesta, pero a la vez extrañamente tranquila y serena, comenzó a degustar aquella bebida que le pareció, a primera impresión, el café más delicioso que jamás haya probado, hipnotizante tal vez, pero sobretodo, una relajación que le provocó un leve bostezo; fue entonces cuando preguntó al “jefe de meseros” por la hora, al percatarse de que no llevaba consigo un reloj, cuya silueta tenía marcada en la muñeca derecha.

—Lo siento nuevamente señora, pero no traigo reloj y de hecho no creo que ninguno de los presentes cargue con uno.

48

—Habría de perdonar mi atrevimiento señora, pero ¿me permitiría tomar asiento?

—Por supuesto.

—Al igual que usted y como podrá percatarse, son muchos los que nos encontramos “aquí”, la diferencia entre ellos y usted, radica en que hasta ahora no se le ha informado el motivo de su presencia en este lugar y que evidentemente desconoce.

—No sé a que se refiere, cierto es que no tengo la certeza de la hora en que llegué o si alguien me trajo, pero de eso a que exista un “motivo” particular, dista mucho señor.

—¿Alguna vez ha pensado en lo que existe después de la muerte?, ¿hay vida después del fallecimiento?, ¿existe la reencarnación?

Estuvo a punto de levantarse ante aquellos cuestionamientos sin ningún sentido aparente, pero la curiosidad por lo que aquella persona podía decirle fue más fuerte, por lo que escuchó atenta.

—Todos los que nos encontramos aquí reunidos, más allá de nuestra clase social, religión, afiliación política, gustos, defectos

o virtudes, tenemos un rasgo común que nos identifica, y es que estamos muertos.

—¿Muertos?

Quedó perpleja ante tal revelación, entrecruzó los dedos de las manos, bajó la mirada extraviada, puso las manos sobre su nuca y se dejó caer sobre la mesa al parecer sollozando.

—¿Muertos?, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ¡JAJAJAJAJA!

Su acompañante guardó silencio contrariado por la reacción de aquélla, hasta entonces aparentemente tranquila.

—¿Cómo voy a estar muerta, si estoy sentada frente a usted, platicando y bebiendo café? ¿Me toma por estúpida o tan sólo quiere jugarme una mala broma?

—De ninguna manera señora, todo lo que conoce más allá de la muerte son meras especulaciones, falsos mitos sin pies ni cabeza, toda aquella persona que habitó el mundo, al fallecer ocupa un lugar en una mesa como la que se encuentra frente a usted, hasta el final de los tiempos, no hay infierno, no existe el paraíso ni el purgatorio, toda “alma”, por así decirlo, viene a parar aquí y uno de los “efectos secundarios” de los recién fallecidos es una pérdida temporal de memoria, por eso no recuerda su nombre.

—Pero, ¿qué es lo que pasó?, ¿porqué morí? ¿qué me sucedió?

—Toda persona que fallece tiene dos derechos, uno, a tomar todo el café que desee y el otro; a saber el motivo de su deceso, ¿quiere saber por qué murió?

—Por supuesto.

—Si yo fuera usted, preferiría no saberlo, digamos que, su muerte no fue por causas naturales.

—¿Tuve un accidente?

—No precisamente, fue asesinada.

—¿Quién?, ¿cómo?

—Únicamente me está permitido decirle el nombre de quien la privó de la vida.

—¿Y?

—Su nombre es Isabel.

Al escuchar aquel nombre, al parecer, no significó nada para ella, pues no le fue posible recordar el momento de su muerte o el motivo por el que fue asesinada.

No le fue posible recordar cómo es que su esposo sufrió por partida doble, por la esposa fallecida y la hija secuestrada, tampoco recordó cómo es que su muerte conmocionó a la ciudad, que cientos de personas acudieron a su funeral: que no pudieron verle el rostro debido al deplorable estado en que quedó, de haber sido así, la hubieran visto apacible, si acaso cabe tal adjetivo, la cabeza ligeramente inclinada sobre su costado izquierdo, descansando sobre una fina almohada de **plumas** de ganso.

50 Igualmente hubiera recordado a su amado Mateo, aquel **gato** persa que le regalara su marido en su primer aniversario de boda, animal que por extraño que parezca, parecía el más triste de todos los presentes por la pérdida de su dueña, felino que en ningún momento se movió del ataúd que contenía sus restos, sino hasta que la caja mortuoria fue depositada en tierra, para después nunca más saber de él.

—¿Entonces, veré a Dios?

—Aquí no existe ningún Dios, ni mucho menos ningún demonio, a nadie se juzga por sus actos en vida, eso es trabajo de los tribunales de los hombres, así como de sus respectivas conciencias; aquí no existe el bien y el mal; con el paso del tiempo comprenderás que lo que “ustedes” en vida llaman religiones son, en el mejor de los casos, recursos creados por su propia imaginación, para no sentirse abandonados, ni tirados a la deriva, son tótems a los cuales aferrar su fe, algo o alguien en quien creer cuando sienten desfallecer, eso es allá, aquí, no necesitarás ese consuelo.

—Es difícil comprender todo lo que me dice, es mucha información para procesarla en tan poco tiempo.

—No te preocupes, aquí con nosotros, tendrás “todo el tiempo del mundo”. Por cierto, toma, creo que esto te pertenece, los llevabas contigo al momento de tu muerte y fuiste enterrada con ellas.

—¿Qué es?

—Son un par de monedas, dos **denarios** para ser mas preciso, al parecer tu familia posó cada una sobre tus ojos, supongo que a modo de precaución, pues creyeron que te encontrarías con **Caronte**.

—Muchas gracias, por cierto, no recuerdo su nombre.

—No lo he dicho, me llamo Simón... **Simón Pedro**, ¿puedo ofrecerte algo más?

—Sí, otra taza con café, por favor.

# La luz no encendió

Jorge

52

¿Como había llegado a este lugar? Volvió a recorrerlo con la vista, como si eso le fuera a dar la respuesta. Todo estaba justo donde lo recordaba. La cama, la mesita y las sillas infantiles en una esquina del cuarto, los peluches sobre el buró, **la fotografía** sobre el escritorio, su ropero, el baúl al pie de la cama. No había duda, en ese cuarto había vivido hasta los 15 años y cuando se marchó, fue para no volver. ¿Cómo es que ahora estaba de regreso?

—Estamos en una construcción de tu mente, este fue el único lugar donde alguna vez nos sentimos a salvo.

¿Qué significaba esto? Hace unos momentos ella se encontraba sola en la habitación y ahora una pequeña de no más de 7 años en una pijama azul cielo y un **gato** firmemente sostenido entre sus brazos estaba sentada en una de las sillitas. Volvió a mirar al **gato**, recordaba perfectamente a ese animal.

—¿Papa, me lo puedo quedar?

Estaba haciendo algo no muy común en ella, entrar en esa habitación queapestaba todo el tiempo a alcohol, era algo que no hacía mas que cuando no tenía opción.

—Te he dicho un millón de veces que no entres aquí, ¿Estás sorda o pendeja?

Los ojos se le llenaron de lágrimas y se mordió el labio. Abrazó al *gatito* con más fuerza y retrocedió unos pasos, pero su deseo

por conservarlo fue más fuerte. Extendió sus brazos mostrando al animal como si esto justificara su intromisión.

—Pero, papá.

—Ya te dije que... —su vista nublada por el alcohol finalmente se centró en lo que la pequeña sostenía entre sus brazos.

—¿Un animal? ¿Trajiste un pinche animal a mi casa?

Todo ocurrió en un segundo: él le arrebató al gato. El gato se defendió con sus garras. Él soltó al gato. El gato se escondió bajo la mesa.

—Pinche, gato, ahora sí vas a ver.

Sacó su revolver del cinturón y le quitó el seguro. La pequeña estaba aterrada, a sus 7 años sabía lo que un arma podía hacer y, con o sin alcohol, también sabía que su padre nunca fallaba.

—¡No, papá, espera prometo que.

*Bang*

—¡Ja! Eso le enseñará, en cuanto a ti...

Miró a la pequeña que lloraba lo más calladamente que podía

—Deshazte del pinche animal Y NO VUELVAS A ENTRAR AQUÍ.

Por iniciativa propia también se deshizo de su pijama azul que se llenó de sangre cuando se llevó al gato.

No pudo contener una lágrima al observar a ese mismo gato y a la pequeña que ahora reconocía como ella misma.

—¿Una construcción de mi mente?

La pequeña asintió

—Todo esto es imaginación nuestra —afirmó.

Una versión de ella que apareció sentada sobre la cama continuó con la explicación.

—Investigaste algo de esto en la clase de psicología ¿recuerdas? Hay pacientes en estado de coma que registran actividad cerebral, por lo que se piensa que están soñando.

Observó a la chica que rápidamente ubicó en sus 15 años. El ojo morado, labio partido e hinchado, collarín, moretones en ambas

muñecas, el brazo derecho enyesado, las vendas que se asomaban de su discreto escote y el resto de las heridas que, aunque su ropa no permitía verlas, ella podría ubicar a la perfección, le recordaron esa época de su vida.

—Nubia, yo sé que esto es muy difícil para ti, pero la policía necesita saber qué fue lo que pasó—.

—**La luz no encendió**—

—¿Disculpa?

—Hace algunos años, descubrí que ese hombre no entraba nunca a mi cuarto porque es el único lugar de la casa donde queda una fotografía de mi madre.

Trató de contener sus sollozos.

—Estuviera alcoholizado o no, él nunca entraba, por eso siempre tuve la fotografía en un lugar donde estuviera a la vista e iluminada por una lámpara en las noches así estuviera dormida..

54

*snif* era como si mamá me estuviera cuidando.

Se mordió el labio e inmediatamente lo soltó, dolía más de lo habitual.

—Ayer desperté y la lámpara estaba apagada, oprimí el switch varias veces y la luz no encendió. Luego la puerta se abrió y...

Las palabras se repitieron en su mente “Ya te lo había dicho Nubia: navega con bandera de pendeja, nuuuuunca falla” se le hizo un nudo en la garganta. Instintivamente se alejó al sentir una mano sobre su hombro.

—Vas muy bien Nubia, la policía necesita tu testimonio, por favor haz un esfuerzo —Ella asintió, esa noche se partió algo dentro de ella.

—Necesitamos tomar una decisión.

La que llamaría la Nubia actual, con su placa de policía, revolver en cintura y atendiendo **una llamada telefónica** en su celular la confrontó.

—¿Diga? Sí, ella habla, mi padre está en la cárcel, déjese de bromas.

No pudo evitar sonreír ante la ironía —Usted disculpe doctor ¿Cómo está? Estoy trabajando y no puedo ir, dígame ¿cómo está? En español doctor... Entiendo... —Suspiró.

—¿Considera que hizo todo lo posible y que ya no queda nada más por hacer? Bien, entonces no hay nada más que hacer. Desconecte el respirador.

Sintió como un gran peso era retirado de sus hombros, “¿Hola, Doctor? en lo absoluto, si en su opinión piensa que se hizo todo lo posible y que no habrá mejora. Si necesita que firme algo lo haré. Entiendo, voy para allá al terminar mi turno. Gracias Doctor.” Colgó. Todo el camino hacia el hospital pensó que de alguna manera aún quedaba algo de justicia en el mundo.

—Ya entiendo, tengo que decidir si voy a continuar luchando o dejarme ir.

Observó a las 3, todas asintieron.

—Por eso me están mostrando los momentos de mi vida que forjaron lo que soy.

Levantó sus manos y las observó. Fue hacia el ropero y lo abrió. Dentro de él había un espejo. Se observó a través de él. Traía puesta una bata de hospital. **Una pluma** estaba enredada en su cabello y una moneda plateada que por alguna razón reconoció como **un denario** colgaba de su cuello.

—Esta apariencia, no la conozco.

—Una parte de ti sigue consciente de lo que está ocurriendo allá afuera, pero eso no es importante ¿qué vas a hacer?

—¿Qué, no es obvio?

Se acercó a la lámpara y presionó el switch. Nada. **La luz no encendió.** Acarició al gato que sostenía la pequeña, abrazó a la adolescente, le quitó el celular a la otra y colgó. Salió del cuarto cerrando la puerta tras de sí.

# La luz no encendió

Roberto

## Chapter IV: Fate of princess Zombie

56

Ah, pues era un mundo bien cabrón donde los zombies y los robots dominaban a los seres humanos, los robots traían su desmadre tecnológico bien loco, pero necesitaban combustible zombie para funcionar, el combustible zombie consistía en sacrificar algunos zombies metiéndolos a la gran fábrica de combustible zombie, el pedo era que los zombies se alimentaban de cerebros humanos para sobrevivir, así que los robots mantenían enjaulados a los seres humanos que quedaban y de vez en cuando liberaban algunos en el país zombie (país en el que vivían todos los zombies) para que los zombies los comieran.

El país zombie estaba dominado por Olga, la princesa zombie (no Olga, si no otra Olga), que era una humana con poderes telepáticos, los que usaba para controlar zombies a su antojo, siempre que liberaban a algún humano en el país zombie, tenían que notificárselo a la princesa Zombie la cual se encargaba de mandar a sus mejores sirvientes para que se los comieran.

Para ya no hacerla más de pedo con cagada introductoria, un día liberaron a Beto (no yo, otro Beto) al país de los zombies, cuando ese *wey* llegó, pues vio un chingo de zombies, y como si fuera videojuego, se encontró tirada una *winchester* 12:



—¡Ahh! como en el juego de Resident —Pensó Beto.



(Él es Beto, ya entrado en putazos)

(La sierra eléctrica es porque olvidé decirle a David que Beto usaba una escopeta, pero bueno, da igual).

Y así fué avanzando por el país zombie dandole en la madre a muchos, como en todos los videojuegos de zombies, pero este no era un videojuego, era la vida *real*, de hecho los zombies lucían así:



Hasta que Beto se escondió en un callejón para recargar balas (como en todos los juegos de zombies), escuchó unas voces que le hablaban.

—Pssst, psst, veo que tu no eres un zombie.

—¿Qué pedo? ¿quiénes son ustedes? —Contestó, Beto.

—Somos Nubia e Isabel, necesitamos de tu ayuda para salir, tenemos un plan para...

—¡A la verga, putas! —interrumpió Beto.

—¿Tambien salen aquí?, ya no mamen, estamos hartos de que en todos los pinches posts salgan ustedes, sáquense a la verga.

—*Pum, Pum* (sonido de disparo de escopeta)

Beto, con la esperanza de no volverlas a leer, les disparó a la cabeza con su escopeta y por fin se fueron a la verga esas dos viejas promiscuas, libertinas y cabronas.

Satisfecho por lo anterior, Beto siguió caminando matando zombies, creyendo saber a dónde iba, cuando de repente se encontró a la princesa Zombie.

(Ella es Olga la princesa Zombie)





# La luz no encendió

Lorena

60

Si la luz hubiera encendido, Nubia hubiera sido capaz de darse cuenta de que Isabel se encontraba ahí, parada junto a ella, observándola y hablando a la nada, acariciando y llorándole al viento y, sobre todo, repitiendo una y otra vez la misma frase como si esto formara una conversación con la oscuridad en la que ambas se encontraban.

—¡Abre los ojos, perra!, ¡Abre los ojos, perra!, ¡Abre los ojos, perra!, ¡Abre los ojos...!

Esto fue lo que impidió que Isabel la matara, mientras sostenía su nuevo cuchillo (el número 50 en su colección), el cual se disponía a estrenar en ella. Un hermoso bisturí que había robado la primera vez que había llegado al hospital a visitarla

—¿Cómo no se me había ocurrido conseguirme uno de estos antes?, es muy bonito.

Podría ser posible que después de tantos años... podría ser... cómo es que ella...

Regresaba un mes después de su primera visita, esta vez la cabeza de Nubia tenía un precio, uno muy alto, durante este tiempo, después de su operación, habían intentado asesinarla en varias ocasiones y a pesar de que la había protegido todas esas veces, era ahora Isabel la que se encontraba en situación de matarla, la vida puede cambiar demasiado con tan sólo realizar **una llamada**.

Pero **la luz no encendió**.

—*¡Abre los ojos, perra!*

Gritaba mientras sostenía el cuchillo con la mano derecha.

—*Te digo que abras los ojos!*

Gritaba mientras le tomaba del cabello con la mano izquierda.

—*¡Con una chingada! abres los pinches ojos o qué chingados, ¿eh?*

—Me decía mientras pasaba el filo del cuchillo por el borde de mi cuello.

—*¿Vas a abrir los ojos, o qué?*

—Me susurraba mientras encajaba la punta del cuchillo por debajo de mi oreja. Abrí los ojos.

—*¡Maldita, perra, desgraciada! ¿Dónde conseguiste esa moneda?*

—*¿No sé, de qué me hablas?*

—Volví a cerrar los ojos, apretándolos no iba a hacer que desapareciera ese **denario**, pero al menos, me mantenía a salvo de convertir en imágenes estos recuerdos, *tan sólo tengo 17 años, ¿que mierda hago aquí? ¿Yo, casada con este imbécil? ¿Es esta la foto perfecta de lo que quería para mi vida?*

—Esa pinche moneda que tienes colgando entre las chichis, no te hagas pendeja Isabel. ¿Es que volviste a las andadas puta?, te voy a enseñar con este cuchillo lo que a patadas no has querido aprender. Que abras los ojos Isabel.

Me tiró al suelo y se lanzó sobre mí con ese cuchillo apuntando justo a mi pecho, el sabor de la sangre en mis labios, *tan delicioso como siempre, sabor a metal caliente*, recordándome que quería vivir, también había sangre saliendo a chorros detrás de mi oreja; ahora no importaba, lo primero que alcancé para defenderme fue una almohada, tan sólo conseguí un poco de tiempo, el cuarto en un instante se llenó de **plumas**, flotando, siendo tragadas por el abanico del techo, embarradas de sangre por todas partes, llenas de babas, en la cara de ese pendejo, *la distracción que necesitaba*.

Me lo quité de encima con las fuerzas que me quedaban, le quité el cuchillo de las manos mientras el intentaba apartarse las

plumas de la cara. Le hundí el cuchillo en el pecho lo más fuerte que pude, directo a su lado izquierdo —dicen que ahí está el corazón— dejó de moverse instantáneamente, hizo un ruido raro y cayó sobre su espalda, abrió mucho los ojos, *parecía que respiraba aún*, se movía un poco, pero no era siquiera suficiente para levantar un brazo.

Un solo corte y había derribado a este monstruo, un solo corte de esta hoja brillante, ahora color rojo brillante “Me pregunto qué más podría hacer con esto”, se me antojó lamer un poco de la sangre del cuchillo, mi sabor favorito. Sólo un corte más, un fino y largo corte sobre su panza, *siempre fie querido saber de que color son las tripas*, son iguales que las de un gato *¿qué se podía esperar de un animal como tú?* Un corte más en su brazo, sólo uno más en su cuello, sólo uno más en sus dedos, *solo uno más...*

62 —¿Sigues con vida, pendejo, quieres ver el color de tus tripas? Te decepcionarías igual que yo, son como las de cualquier animal, já. Tienes tripas de gato, quita esa cara de horror. Creí que te gustaba jugar conmigo

—Le hundí el cuchillo en el cráneo, en medio de los ojos, lo dejé ahí unos segundo y luego lo desenterré, *vaya que le di fuerte, es difícil sacarlo*, mi primer cuchillo, es lindo, creo que lo conservaré.

Isabel se acercó de nuevo a la mesita e intentó ahora ella encender la luz. De nuevo nada. Ya había perdido mucho tiempo recordando el pasado, cosas sin importancia. Era hora de salir a divertirse.

# La luz no encendió

Srita. Pelo

Esta es la historia de una niña que todos los días salía a caminar con un **gato** entre los brazos. Se llamaba Yu Mao Tong. Parecía indígena y era europea, pero todos pensaban que era asiática. Nadie sabía por qué esa indígena, digo, esa asiática, digo, esa europea, salía todos los días a caminar con un gato entre los brazos como una loca. Se rumoraban muchas cosas. Unos decían que el gato estaba muerto, otros que no era de verdad, y algunos tantos afirmaban que se trataba del mismísimo diablo.

63

Los vecinos seguían con la mirada desde sus balcones y ventanas a Yu Mao Tong con una curiosidad morbosa. Su travesía era siempre la misma: salía de casa con el gato, caminaba en línea recta hasta el fin de la avenida, y luego regresaba a su casa sin desviarse nunca. Con el tiempo notaron que llevaba siempre **una fotografía** en la mano derecha y que el gato portaba en su regazo **una pluma**, la cual, encima, como si tanta excentricidad no fuera suficiente, era color verde limón.

¿Qué llevaría a una indígena, digo, una asiática, digo, una europea a comportarse de una manera tan extraña? ¿Qué *demonios* tenía en la cabeza esa niña? ¿Traumas, problemas mentales, alguna crisis existencial? No.

Cierta tarde una de esas señoras paranoicas que ven señales apocalípticas hasta en las suelas de los zapatos hizo **una llamada telefónica** hartamente importante. Y cuando digo hartamente importante, lo

digo en serio. Resulta que contrató a un investigador privado y lo que éste descubrió y le dio conocer sobre Yu Mao Tong costó la vida. Al escuchar las palabras del investigador la mujer palideció y se acercó a tientas a la lámpara de escritorio. **La luz no encendió**, y ella tampoco: murió —así lo dice su autopsia— de sorprendimiento.

¿Quieren saber el por qué del comportamiento de Yu Mao Tong? No, no quieren saberlo. El gato no está muerto, pero la curiosidad por el gato los puede matar a todos. Algunas veces, es mejor no saber nada. Ciertos misterios siempre deberían quedarse así: siendo misterios. Yo soy ese investigador privado. Yo conozco la verdad. Desde entonces no he podido dormir tranquilo. Renuncié a mi trabajo. Perdí las ganas de vivir. Yu Mao Tong arruinó mi existencia. Todo es pesadumbre.

# CAPÍTULO

## Fantasía

Escribir una historia que contenga por lo menos un elemento fantástico como duendes, gnomos, hadas, magos, santa claus, dragones, hechizos, princesas, deseos, elfos, árboles que hablan, fantasmas, gigantes, enanos, etc., etc., etc., la lista es infinita.

Los autores son libres de cualquier otra cosa.



# Carnaval de media noche

Jess

67

Existe una noche en cada siglo, en la que todos ellos hacen acto de aparición. Carros alados llegan del confín del universo. Seres de luz y los señores de las tinieblas se apoderan de este mundo, y la eterna lucha entre el bien y el mal tiene como escenario esta tierra fértil en la que todo nace, y a su vez, fenece.

Damas y caballeros, frente a ustedes el mejor espectáculo que ha habido sobre la tierra, donde los mitos cobran vida, y nosotros, nos volvemos estatuas de piedra, meros observadores de historias que nunca han sido contadas, y de verdaderos finales que roen nuestro interior petrificado.”

Inhalo una vez más mi cigarro de baja calidad, y exhalo ese humo, antes de tirar al suelo la colilla y restregarla con mis sandalias de tacón de aguja contra el suelo.

Hoy tenemos 4 entradas.

He escuchado la misma presentación desde que mi padre luchaba contra Leviatán y mi madre seducía a Odín.

Ambos sepultados actualmente en algún camino que he olvidado, y sobre el que no hay señal alguna que me indique dónde reclinarme y dejar una flor blanca.

Llegamos a este mundo para no dejar rastro alguno.  
Somos nómadas por naturaleza.  
Escoria de la sociedad.  
Bandidos de caminos despoblados.  
Gitanos por vocación.

Antes, la gente nos esperaba ansiosamente, el público nos pedía más de nuestro Carnaval de media noche.

Entre un espectáculo de fuegos artificiales, efectos ópticos y música, nuestro público estallaba en aplausos y sonrisas.

Actualmente, únicamente asisten para abuchearnos, humillarnos y lanzarnos imprecaciones.

Hoy es mi última noche de doncella virgen. Ningún maquillaje puede ocultar ya todas mis arrugas. Mi elasticidad se ha perdido y mi piel ya no es firme ni tersa ni suave.

68

Al terminar la función, nadie aplaude, los señores de la oscuridad terminan venciendo a los seres de luz, y es hora de partir hacia la siguiente provincia.

Me indican que debo ir a alimentar a los caballos.

Yo asiento sin balbucear palabra alguna, ideas de antaño vienen a mi mente, y mientras llego a los árboles en los que se encuentran atados nuestros equinos famélicos, escucho relinchar a uno nuevo.

Blanco como la nieve que mis ojos jamás habían visto, como la flor que nunca dejaré sobre el polvo que cubre a mis progenitores.

Él me ve.

Yo lo descubro, me postro a sus pies y estallo en lágrimas.

—¿Dónde habías estado? ¿Dónde estabas cuando yo era una doncella virgen y pura? ¿Por qué te apareces ahora que me encuentro fea y marchita? ¿Por qué te burlas de mí?

Se acerca majestuosamente a mí, mis lágrimas caen sobre la tierra estéril, la magia de su cuerno cura mis heridas, él me dice

que no sólo todo nace y fenece, sino también surge nuevamente, renace para a su vez, devolvernos la fe en la magia interna, aquélla que sólo brota de aquellos que poseen un corazón puro.



# La voz de la sirena

Yair Lira

Érase una vez un hombre loco que se volvió poeta, escribía y escribía, todo sin tinta.

Escribió el compendio de poemas más grande y más bello que jamás haya existido y todo, absolutamente todo, estaba escrito sin tinta.

70

Sucedió que un día se encontraba escribiendo a la orilla del mar, como solía hacerlo todos los jueves de luna llena. Una sirena blanca llegó hasta él, cautivada por los versos sin tinta del poeta.

—¿Quién eres tú, mortal, que osa profanar la belleza de mi canto con esos versos sin tinta?

El poeta inmutado seguía escribiendo.

—¿Acaso no me has escuchado?

La sirena lo miraba fijamente mientras el poeta seguía escribiendo sin tinta, como si la sirena no estuviera hablándole.

—He preguntado quién eres, hombre que osa opacar con esas palabras sin tinta el hipnótico sonido de mi canto.

El poeta se detuvo, cerró su libro y la miró.

—¿Cómo te atreves a ignorarme de ese modo? —decía furiosa y altanera la sirena —¿no ves que soy yo la hija del rey del mar? la más hermosa de los mares, la de voz única, la dueña del corazón de quien pisa el mar.

El poeta hizo un gesto de hastío y prosiguió con su escritura, la sirena enfurecida por la falta de respeto y la falta de temor

del poeta, comenzó a cantar para hipnotizarlo y así hacer que se acercara al mar para ahogarse.

El poeta inmutado parecía que estaba sordo, concentrado en sus versos sin tinta, como poseído por su mano inmóvil que no dejaba de escribir en su libro en blanco. La sirena cantaba y cantaba, subía y bajaba los tonos de su voz, aumentaba el ritmo, disminuía los tiempos, todo un espectáculo musical saliendo de su boca; gradualmente la sirena iba perdiendo la voz como si se fuera disminuyendo con cada ola espumosa que dejaba la marea en esa noche de luna llena. De pronto, la sirena no pudo sostener más las notas y enmudeció, asustada tocaba su cuello, miraba a todos lados como buscando la voz que apenas unos segundos atrás resonaba por toda la costa.

El poeta se puso de pie y caminó hasta que las olas le cubrieran los tobillos.

—En verdad posee usted la voz más bella que haya sonado por los mares; en verdad es usted la dueña del corazón de todos los marinos; su padre, Neptuno, sin lugar a duda creó a la más hermosa musa que el mar ha podido ver, pero he de decirle tristemente que en la tierra, no se posee el corazón de nadie sin antes haber dado el propio a cambio; así fue como su hermoso canto no ha podido atrapar mi corazón, porque mi corazón no está conmigo, mejor aún —dijo en un tono alegre— yo pude tocar su voz, sus notas y cada una de ellas que usted, de manera perversa y egoísta, trataba de obsequiarme para robarme el corazón, yo fui capturándola en estos versos que ahora tengo bajo el brazo.

La sirena quedó absorta ante aterradora revelación del poeta.

—Ahora, sabrá, querida sirena, lo que es el verdadero amor y lo difícil que es poseer un corazón; yo vendré a escribir todos los jueves de luna llena, por si algún día tiene un corazón para entregar a cambio de su voz...

El poeta dio media vuelta y camino de regreso a su hogar, con su libro bajo el brazo, y su caminar lento y firme se fue perdiendo entre el brillo de la brisa y la noche.



Desde ese día, la sirena dejó de robar el corazón de los marinos y comenzó a ofrecer su verdadero amor, para encontrar quien pudiera amarla así y traer de vuelta su hermosa voz.

# El sabor de su sangre

Lorena

Tomaba el té a las 3 de la tarde, me encontraba sola en casa, dejando pasar el tiempo preparándome para salir, cada sábado mataba el tiempo en esa plaza, sentada en la misma banca y esperando a la misma persona, pasaron un par de horas antes de levantarme de la mesa, el sol entraba por la ventana y empezaba a oscurecer. Me dirigí a la recámara, acomodé cuidadosamente sobre la cama la ropa que iba a ponerme, la observé por un momento deliberando si era la mejor opción, luego me deshice de mi ropa y entré a la regadera. El agua hirviendo me quemaba la piel, disfrutaba esa sensación, cualquier otro día podría haber pasado horas bajo el chorro de agua dejando quemarme la piel, hasta dejarla roja y casi insensible, tan solo los sábados terminaba con este ritual más pronto de lo deseado, pues tenía otros rituales con los cuales cumplir.

73

Faltaban 4 horas aún para que tuviera que ir a la plaza, me apresuré a vestirme aunque el tiempo me sobraba, dediqué un poco más de tiempo a mi rostro y a mi peinado, después de terminar con mi arreglo, me miré una vez más en el espejo, no había nada más que el reflejo de la recámara, aún así, ya me había acostumbrado a mirar, por si las dudas. Era de noche, pero algunas tiendas aún se encontraban abiertas, la gente que aún paseaba por la calle me observaba extrañada, con un poco de morbo y otro poco de miedo. Tenía que caminar al menos una hora para poder

llegar a mi destino, a sentarme a la banca a esperar, yo sabía que él no llegaría, que me dejaría esperando un sábado más.

Llegué a las 10 horas exactamente, me senté en una banca y estuve esperando por más de una hora, nada sucedía, no llegaste de nuevo y eso me enfureció, de nuevo la calma en la que vivía durante toda la semana desaparecía, y era cegada por un odio que no podía controlar. Mientras me encontraba ahogada en esos pensamientos alguien se me acercó y se sentó a mi lado.

Me saludó y me preguntó mi nombre.

—A quién le importa un nombre —le respondí, me levanté de la banca y comenzamos a caminar por la plaza, estaba enojada, pero algo me decía que esta noche no estaba perdida después de todo, lo invité a pasar la noche conmigo, caminamos a mi casa y en ocasiones nos deteníamos para besarnos mientras nos recargábamos en una pared, la luz de la luna era lo único que nos iluminaba, todas las tiendas estaban ahora cerradas, y no había gente en las calles.

Él, cada vez se veía más débil y cansado, su piel joven al inicio del camino se empezaba a tornar seca, pero no desistía y seguía caminando a mi lado, respirando cada vez con más dificultad y deteniéndose en ocasiones, esta vez para descansar, cada descanso era aprovechado para satisfacernos un poco, él besaba mi cuerpo y yo mordía su mano.

Faltaban unas cuantas calles para llegar a mi casa, caminábamos cada vez más lento, yo lo alentaba a seguir adelante mientras lo tomaba de la mano y le daba un beso más, su rostro se observaba cansado, le era difícil seguir adelante, me miraba directo a los ojos, e intentaba pronunciar palabras que no alcanzaban a salir de su boca; su ropa se encontraba ahora manchada de rojo, sus labios, su cuello, su pecho, sus brazos y espalda estaban teñidos de rojo brillante, cayó sobre mis brazos en el momento en el que intentaba dar un paso más.

Tomé la última gota de sangre de su cuerpo a unas calles de mi casa, lo dejé ahí, con la mirada perdida y su piel del todo marchita.

Regresé desilusionada a mi hogar, pues el hombre al que amaba no se había presentado de nuevo. Había intentado reemplazarlo con alguien que no se acercaba ni siquiera un mínimo al recuerdo del sabor que aún latía en mis labios, hacía más de 100 años que los había probado ya, pero lo tenía tatuado en la memoria, nada era capaz de satisfacerme como el sabor de la sangre de aquella persona que me dejó esperando en la banca de una plaza, con la promesa de regresar y pasar la noche conmigo en mi casa.

# Desde el Reino de Insolubilia

Jolie

*Insolubilia, llamaron en el Medievo a las paradojas  
insolubles tautologías o incongruencias*

76

He pasado la tarde encerrada en este sitio, sinceramente el tiempo no lo tengo medido, queriendo arrojar mis cosas al vacío, hago en mi mente una especie de inventario de sus modos y tiempos de caer. En mi bitácora los libros no planean, no despliegan sus hojas, el perchero se convirtió en una estaca, en una aguja, las almohadas en un sueño de plumas confundidas.

No sé por qué estoy aquí.

Desde mi celda contemplo las estrellas que dibujo con los dedos al aire, en las paredes blancas acolchonadas, no me quejo de nada, aunque estoy harta de estar encerrada. Prosigue la manía enferma de amarrarme cuando comienzo a llamarte, me laceran los brazos y me pinchan con agujas. Hay sonidos que se filtran por la ventanilla de la puerta y rebotan contra estos muros blancos, pero no entiendo nada. Un hombre vestido de blanco me pregunta —¿qué es un cuerpo? Dibujo en el aire la palabra. La palabra estalla y cae al suelo, yo le digo que eso es un cuerpo, porque es de ti de quién me acuerdo.



Eras un peso muerto que caía, un ave en pleno infarto, eras una especie de planta suicida que se atreve a lanzarse por pura inercia desde el balcón de un octavo piso. Viajabas a la velocidad de los cuerpos que han perdido un lugar en la atmósfera, y era un desplome lento de tan mudo, sin nada de alas inútiles y sucias, me atrevería a decir que parecía poético. Tu cuerpo se impactó en el asfalto, sobre las líneas blancas de una calle sucia y llena de fisuras, en el cruce peatonal una mancha roja comenzó a crecer angustiosamente hasta que finalmente halló una forma.

Recuerdo que discutimos cómo aborrecías que me encerrara en el estudio a escribir sola, decías que yo reinaba en el reino de la insolubilia, leyendo y escribiendo. Pero no me entendías, huía de ti, de tu manera de beber, tu voz aguardientosa y tu aliento pestilente, tus manos sucias, tu equilibrio absurdo y tu mirada brusca, es curioso que ahora para no estar sola, veo pasar las horas sin alterar un ápice de esos momentos tan poco entrañables, me propongo a entender, aún cuando siga sin entender por qué hablo contigo y los demás no te ven.

Si les digo, me miran como a una loca, yo les digo que hablo contigo, ellos no ven tu sombra, si acaso tropiezo contigo, pasas por mis hombros y flotando te deslizas arrancándome suspiros, a pesar de la caída abrupta, ahora luces muy bien, esbelto, con mirada fija y ardiente, sonrisa perfecta y dedos largos, tu paso se nota más apresurado, castaño y blondo el cabello. Será que luces distinto porque estás en tu juicio.

Es curioso que hable contigo más que cuando estabas en casa conmigo, es una paradoja insoluble, que me halle encerrada aquí, hablando contigo.

Llueve constantemente en las madrugadas, abundantes silencios, los sonidos que se logran filtrar allá afuera tienen ruidos ajenos y extraños. Oigo voces en contradicción pura y en mi oreja derecha alguien se afana en que despida a tu sombra. Sigues charlando conmigo, me hablas de la luna deslizándose su reflejo a

través de las cortinas de este sitio. Aquí las noches son extrañas, se parecen al exilio.

No me agito en medio del silencio si te hablo, y no hay mayores sobresaltos más que cuando comienzo a gritarte descontrolada y llorosa, pero ellos vienen a amarrarme y tú nunca lo impides. En la esquina del techo he descubierto tu imagen que se esconde y a veces siento que tú me contemplas si duermo o si tengo miedo. He aprendido a contarte mis sueños y uno que otro secreto, desde aquí es más sencillo imaginar tus manos que estrecho, me gusta imaginar que las tengo, no sé explicar cómo es que se hace con la hendidura de las heridas, pero sin que suene a masoquismo, me gusta vivir con tu huella, pues la ausencia es una especie de vereda que se puede usar para dormir en ella. Nunca había creído antes en la esperanza y ahora sólo me queda esperar tu sombra.

78 Su presencia es una especie de aviso de tu huella que queda. Yo me evado y me acostumbro, hablo contigo cada noche como en un diálogo entre dios y el diablo, para que existas tú, estoy yo, y para que sea yo, estás tú, hablamos del cielo, del miedo, del infierno, los demás dicen que estoy loca, yo digo que estoy más viva que nunca contigo, con tu sombra.

# El libro de Magia

Jorge

No existe justificación real para el amor, no hay una razón objetiva del por qué nos enamoramos de una persona y no de otra. El humor adecuado, el momento adecuado, la mentalidad adecuada durante ese tan importante primer encuentro. No existe una manera de discernir las diferencias que traerá a nuestra vida y a la de los demás, el camino que decidamos tomar hoy. Una ligera duda puede significar perderse la mirada de alguien que está al otro lado de la habitación, y continuar con tu vida, sin saber que tu posible alma gemela se te acaba de escapar de entre los dedos. Detenerse a levantar una moneda en tu camino al trabajo puede significar dejar pasar ese autobús, mientras que *esa persona para ti, se subió.*

79

Todo es arbitrario. Nada está definido o preordenado por una entidad superior, no hay un  $A + B = C$ , para después  $C + Z = a$  una pareja eternamente feliz. No hay reglas para el amor, ninguna regulación a la que todas las criaturas capaces de amar deban de alinearse; si existieran, el corazón roto, los triángulos amorosos y el amor no correspondido simplemente no existirían.

—Como con la vida, el amor no es justo. Y como con la vida, el amor no es predecible.

Miró las páginas recién escritas en el viejo libro. Puso su pluma en el tintero y suspiró. Eso que acababa de escribir era en lo que más creía. No en los astros que podía leer ni en los hechizos para

conjurar. Después de todo, ni siquiera los magos modernos estaban exentos de estas cosas y para su mala suerte, la magia no era capaz de intervenir en el enamoramiento.

O eso le habían dicho.

Pero había encontrado la solución. Era imposible que con toda su magia no existiera algo que se pudiera hacer. Hojeó las páginas de su libro hasta llegar al conjuro adecuado: un conjuro para el olvido. Si ella se olvidó de él entonces él haría lo mismo con ella.

Y así, el mago conjuró el olvido sobre sí mismo para continuar con su existencia. Es curioso como a veces el hombre, o el mago, en su orgullo mezclado con cobardía mezclado con ingenuidad no entiende que hay cosas más allá de su control.

Tal como lo planeó, el recuerdo se fue. Pero en estas cosas los poetas saben más que los magos y es bien sabido por ellos que amar es entregar el corazón. Tan sencillo como es, el recuerdo se fue pero el corazón no volvió.

80

Vivió unos días con una gran tristeza y sin saber por qué. Un buen día volvió a hojear su libro hasta que encontró el hechizo adecuado. Conjuró para sí el hechizo de la muerte.

# Los gnomos de año nuevo

Simbad de la Porra

Habr  quien piense que los gnomos son sólo seres mitológicos, pero no es así, yo personalmente los conocí alguna vez, y bien puedo asegurarles que ellos existen en las profundidades de la tierra, en lugares donde ningún humano puede llegar por su propio pie; los gnomos son por excelencia, grandes guardianes, y uno de sus principales tesoros que deben custodiar es el tiempo.

Ellos son los cuidadores del año nuevo; cada 31 de diciembre, en esa noche son los responsables de depositar el año nuevo en Nueva Zelanda para que la vida pueda continuar, y también deben ir por el año viejo a las Islas de Hawai y llevarlo al asilo de años viejos.

Pero hubo una vez, hace mucho tiempo, que un gnomo malo, llamado Ates, que influenciado y ayudado por Dabog, el brujo; se robó el año nuevo de aquel año y huyó a los dominios de Dabog en el mundo paralelo.

Los demás gnomos no sabían a donde se había ido Ates, ellos –a excepción de cuando iban a Nueva Zelanda y a Hawai– no conocían el mundo y no sabían dónde buscar, por lo que decidieron pedir apoyo a sus amigos duendes, elfos y hadas para encontrar al año nuevo y salvar la continuidad del mundo, ya que de otra

forma significaría el fin, y prevalecería la maldad de Dabog en el mundo paralelo.

Las hadas buscaron en los árboles, en las margaritas y en otras flores como los jazmines y rosas, incluso en el aire, los duendes escudriñaron por todos los bosques y los elfos indagaron por las grandes ciudades de todo el mundo. Pero había una hada que realmente sabía donde estaba el año nuevo, ella era Nim, antigua esposa de Dabog que conocía la maldad y los secretos del brujo y sabía el daño que este podía infringirle a las hadas, duendes y elfos si estos viajaban al mundo paralelo en busca del nuevo año.

Lo que pasó después, sería largo de relatar, sólo basta resumir que Nim, con la ayuda de Merlín el mago, viajó al mundo paralelo de Dabog, libró una encarnizada pelea contra éste y su ejército de dragones, y más allá de cualquier apuesta, logró vencerlo y matarlo, liberó de las mazmorras al año nuevo, y en compañía de él, se dirigió a la ventana mágica que conducía al mundo real, apenas se estaba abriendo la ventana mágica, cuando de la obscuridad salió Ates, atacó por la espalda a Nim con una flecha impregnada de una mezcla hecha a base de corteza de árbol del amazonas y polvos del planeta Niruf, Nim de reojo vio la flecha dirigirse hacia ella, sabía que el sólo contacto de la flecha con sus vestidos de seda de jazmín sería mortal, por lo que aventó al año nuevo hacia la ventana. Merlín, por su condición de humano no podía cruzar dicha ventana, podía ver con claridad lo que sucedía al otro lado, por lo cual se aprestó a detener al año nuevo que Nim le aventó.

Al tiempo que Nim arrojó al año nuevo, trató de girar hacia su izquierda para evitar la flecha envenenada de Ates, sin embargo, le alcanzó a rozar los vestidos y, al momento, se produjo una gran explosión de colores al tiempo que Nim se convertía en polvo de hada. Merlín, al ver esto y de un solo movimiento, cerró para siempre la ventana mágica al mundo paralelo, quedándose Ates encerrado irremediabilmente para siempre en aquel mundo de dragones.

A partir de esa fecha, la magia desapareció del mundo para los menos avezados que no ponen atención a los pequeños detalles; los dragones quedaron encerrados en el mundo paralelo, el que nosotros conocemos como de los sueños; las hadas se escondieron en el olor de las rosas que cada primavera nos embriaga y embota los sentidos, los duendes viven en la corteza de aquellos grandes árboles que parecen contarnos grandes historias de nuestros antepasados, y los elfos se mezclaron entre los humanos, entre gente como tú y como yo.

Los gnomos decidieron refugiarse en el centro de la tierra y salen, a través de la explosión de los volcanes, una vez al año, en año viejo y año nuevo a efectuar su trabajo, por eso es que Nueva Zelanda y a Hawai siempre han sido tierra de volcanes y nos entregan cada año un Feliz Año Nuevo.





# CAPÍTULO 4

## Historias simultáneas

Todas las historias que se escriban deberán ocurrir en el mismo momento y en el mismo lugar que las demás, y para ello a partir de la segunda historia es necesario que se cruce con las demás con algún elemento o personaje.

El lugar en el que se desarrollaran las historias será dentro de los vagones del metro.



# Despedidas

Jorge

En realidad nunca le había gustado discutir en público, algo en su mente le decía que una discusión siempre terminaba peor si se llevaba con audiencia a que si se discutía sin ella. Ya fueran los amigos, los parientes o simplemente discutir en frente de extraños era algo que no le gustaba en lo absoluto. Era algo que siempre le había llamado la atención, como si el orgullo que uno tuviera se multiplicara de acuerdo a la cantidad de oyentes que uno tuviera. Por lo que el escenario para la discusión con su pareja, un vagón del metro, en realidad era uno de los peores lugares que se le podían ocurrir. Miró a su alrededor, al menos no era uno de esos días en los que estaba atascado el metro, incluso había unos lugares vacíos o quién sabe, tal vez, eso fue su mala suerte. De haber estado atascado el metro no estaría teniendo una discusión en ese momento.

87

¿Pero, qué se le podía hacer? Había ocasiones en las que uno no podía escoger ni el dónde ni el cuándo. Por lo tanto, se encontraba en uno de los rincones de los vagones con algunos espectadores escuchando una cátedra que ya sabía que en algún momento iba a pasar.

Volvió a ver a su novia. Cuando ella lo citó en realidad no pensó que después lo invitaría a un hotel. Cuando salieron de él, tampoco pensó que sería la última vez. Miró la gráfica del metro, quedaban 6 estaciones antes de que ella bajara.

—Ya, dilo de una buena vez.

Tomó la palabra por primera vez. Había pasado las últimas 6 estaciones escuchando todas las razones por las que su relación debía de terminar.

#### **5 estaciones.**

Ella se mordió el labio. Sabía perfectamente bien a lo que se refería. Tomó aire.

—Ya no te quiero.

Las palabras no lo golpearon tan fuerte como hubiera creído. Muy en el fondo ya lo sabía, simplemente no lo había querido afrontar. Tenía que reconocerle que al menos fue honesta.

#### **4 estaciones.**

—¿Hay alguien más?

—No.

—Es porque el editor no me paga mucho ¿verdad?

—Sabes que no es cierto.

—¿Fue algo que dije? ¿Te hice enojar?

—No.

—No entiendo.

—Yo tampoco, pero tengo que ser honesta contigo y conmigo.

Se quedó callado.

#### **3 estaciones.**

—¿Te arrepientes de algo?

Ella sonrió.

—No, ¿Tú?

—Tampoco.

Él se quedó sin palabras. Simplemente la abrazó. Ella le devolvió el abrazo. Ambos cerraron los ojos.

—Perdóname, quisiera darte una razón.

—Hubiera sido una excusa, no una razón.

#### **2 estaciones.**

Antes lo hubiera hecho sin preguntar, ahora no le parecía apropiado y mejor preguntó.

—¿Me regalas el último beso?

Ella, simplemente lo besó.

**I estación.**

—Creo que es la discusión más sana que hemos tenido.

Ahora, él sonrió:

—Siempre dejaste lo mejor para el final.

—¿Estarás bien?

—No creo que importe.

Ella bajó la mirada.

—Cuidate mucho.

—...

Las puertas de su estación se abrieron.

—Adiós.

—...

Ella lo soltó y salió del vagón. Las puertas se cerraron y el metro avanzó.

Él salió una estación después. Por un momento pensó en brincar a las vías, pero desistió. Si no fue capaz de luchar por amor, no sería capaz de morir por cobardía.

# Encuentros

Yair:

Él abordó el metro por la primera puerta del primer vagón en el primer instante en que se abrieron las puertas.

Ella abordó el metro apenas por la última puerta del último vagón en el último instante antes de que se cerraran las puertas.

90

Él, con su casi inquebrantable ética no podía permanecer en los vagones para señoritas, así que comenzó su trayecto al fondo del tren.

Ella, con su casi infinito miedo no se sentía segura en un vagón lleno de hombres, así que comenzó su trayecto al frente del tren.

Él, de veinticuatro años.

Ella, con veintitrés.

Él, fanático de los videojuegos, los cómics, las computadoras y el internet.

Ella, lectora de Wilde, Hemingway, Shakespeare y Poe.

Él, Ingeniero en Sistemas

Ella, Licenciada en Letras Inglesas

Él imparte un taller sobre redes y servidores.

Ella está en un seminario sobre el romanticismo inglés.

Ellos han recorrido más de dos vagones.

Él no quiere llegar a descargar el último nivel de ese popular juego en línea.

Ella no quiere llegar a acomodar todos los libros tirados por  
doquier en su recámara.  
Él camina entre la gente pensando qué va a cenar hoy.  
Ella saborea las galletas de granola que compró antes  
de abordar el vagón.  
Él miró a una niña con un libro de Poe.  
Ella miró a un niño con un videojuego portátil.  
Él, de inmediato pensó en ella.  
Ella, de inmediato pensó en él.  
Ellos están a un vagón de distancia.  
Él se abstrajo en sus pensamientos.  
Ella volteó a mirar la propaganda del vagón.  
Él se acordó de algo y apresuró el paso.  
Ella distraída siguió caminando y no lo vio.

Ellos chocaron distraídamente. 91  
Él se disculpa y comenzó a recoger los libros.  
Ella se inclinó y comenzó a ayudarlo.  
Él leyó su nombre en una de las hojas.  
Ella reconoció el reloj que un día le regaló.  
Ellos se quedaron fríos y voltearon a mirarse.  
—Hola, ¿cómo estás?  
—Bien, gracias ¿Y tú?  
—También, bien..

El silencio entre los dos se irrumpió con la pareja que estaba  
a su lado:

—*¿Te arrepientes de algo?*  
—*No, ¿tú?*  
—*Tampoco.*  
—*Perdóname, quisiera darte una razón.*  
—*Hubiera sido una excusa no una razón.*

Ellos se identificaron con la pareja a su costado.

Él le sonrió mirándola a los ojos.

Ella se sonrojó y le sonrió también.

*—¿Me regalas el último beso?*

*—Creo que es la discusión más sana que hemos tenido.*

*—Siempre dejaste lo mejor para el final.*

*—¿Estarás bien?*

*—No creo que importe.*

*—Cuidate mucho*

*—◆*

*—Adiós.*

Ellos se apartaron para dejar pasar a la joven de la discusión, y se quedaron callados todo el camino hasta la siguiente estación.

92

*—Aquí me bajo —le dijo ella.*

*—Cuidate mucho —respondió él.*

Ella se dio media vuelta y bajó detrás de un joven. Caminaba lenta y veía andar poco a poco al tren, mientras se alejaba el último vagón alzó la mirada y dijo en voz baja:

*Te extraño*

Él llegó por su espalda, le tocó el hombro y le dijo:

*Yo también.*

# Aquí vamos... otra vez

Roberto

—¿Y si se va?

—No creo, que se vaya por siempre.

—¿Y si ella, le dice que ya todo terminó?

—No creo que él la deje ir nada más por eso.

—Entonces, ¿qué crees que pase?

—Pues, si él pudiera decir las palabras adecuadas seguro haría que se quedara con él.

—Pero, no creo que lo haga, ¿o sí?

—No, y es que el problema es que aunque ella se vaya, él no se irá, pues sabe que aún no ha terminado todo.

—Igual y los dos están cansados,

—Más bien, fastidiados, la verdad no creo que vuelva a pasar nada, se van a quedar con la duda, a veces peor que un “hubiera” es un “qué habría”.

—Jaja, así son las cosas, supongo.

—Pero el mundo no se acaba, apenas empieza.

—Como uno piensa que se le va la vida con esas cosas.

—Si las personas nos diéramos cuenta de que las probabilidades de encontrar a “esa persona” son astronómicas, probablemente no nos dejaríamos tan fácilmente.

—Probablemente de haber sabido eso, él hubiera cuidado más lo que hacía. En fin, supongo ninguno de los dos tenía forma de saberlo.

—Como sea, si no hubiera acabado así, hubiera acabado de algún otro modo.

—Hey, ni modo, nada es para siempre.

—Nada.

—Sale, aquí bajo.

—Nos vemos.

# De los errores

Simbad de la Porra:

*—No creo que importe.*

*Ella bajó la mirada.*

*—Cuidate mucho.*

*—...*

*Las puertas de su estación se abrieron.*

*—Adiós.*

*—...*

Ella lo soltó y salió del vagón. Las puertas se cerraron y el metro avanzó.

—¿Ya?, pregunto él, parado detrás de la línea amarilla que señala el área donde los pasajeros deben aguardar al tren, sin embargo, él no subió al vagón que acababa de parar, estaba esperando a la muchacha que se bajaba del mismo.

—Ya, respondió ella, tratando de aparentar convencimiento y seguridad en su respuesta; lo cual logró, pues él no alcanzó a notar la pequeña nube que cruzó por sus ojos, y la mirada dubitativa que dirigía de forma inquieta hacia los gastados y desteñidos tenis converse de él.

—¿Cómo lo tomó?, —volvió a preguntar mientras la tomaba de la mano y se dirigían al otro andén para tomar un tren en dirección opuesta

—¿Supongo que no te acostaste con él, verdad? —volvió a preguntar en un tono de autosuficiencia y egoísmo que hizo que ella se sintiera incómoda.

—No —mintió ella.

—Y, si así hubiera sido, ¿a ti, qué te importa? —espetó ella, al tiempo que se acomodaba el cabello que se caía sobre su cara.

—¡Já!, ahora me resultas muy sentida, pero si tú fuiste quien me buscó, quien dejó a su novio; y tu fuiste quien le mintió —le reclamo él.

—Pero, siempre has sido una putita, seguro fuiste y te acostaste con él, y ahora quieres acostarte conmigo. ¡Por eso uso condón contigo! Nunca se sabe quién se anda metiendo en ti.

—Pero, tú, me dijiste.

96 —Mira, —la interrumpió él— yo nunca te dije que lo dejaras, yo nunca te ofrecí nada y sabes que nada puedo ofrecerte, coges bien sabroso, pero más allá de eso, nada.

—Yo, te quiero —suplicó ella.

—Y yo, te quiero coger. Si eso te interesa, le seguimos, si no, aquí acaba todo.

—Si, está bien —titubeo ella en un leve susurro al tiempo que subían al otro vagón. Pasarían doce meses y un hijo, para darse cuenta que había perdido a quien hubiera sido el amor de su vida por una simple aventura, por una persona que había conocido en el mismo lugar donde terminó con su antiguo novio... un vagón del sistema colectivo.

# Coincidencias al soñar acompañado

Lorena

Se habían conocido en un vagón de tren hacía 2 meses, tan sólo habían cruzado miradas; Luciano, le cedió el paso al salir, él siguió caminado tras de ella, parecía como si la fuera siguiendo; después de 5 minutos de caminar, a Diana se le hizo raro que el joven de largas rastas y vestimenta deslavada siguiera su misma dirección, comenzó a sospechar un robo. Decidió entrar a una cafetería y verlo seguir de largo, en realidad no le veía nada de peligroso, pero prefirió desconfiar. Más segura después, siguió con su camino y llegó a su nuevo salón de clases, lo vio ahí sentado, esta vez ambos sonrieron y Diana tomó el asiento a un lado de él.

97

De regreso a casa Luciano notó que Diana era ahora quien lo seguía, la situación se volvía hasta cierto punto cómica, subieron el mismo vagón y bajaron en la misma parte, después siguieron caminando hasta que notaron que vivían a algunas calles de distancia. No habían cruzado muchas palabras, pero las que sucedieron fueron suficientes para crear simpatía.

Desde entonces compartían el ritual de caminar juntos a sus clases y de regresar, las charlas se tornaban cada vez más largas y abarcaban sentimientos más profundos. Ya habían generado burlas entre sus compañeros, pues la niña linda era defendida y acapara-

da por su inseparable perro fiel Luciano y las voces que les advertían fracaso o les alentaban no se habían hecho esperar.

Compartían 2 horas de camino al día, 5 días a la semana, 1 hora de ida y una más de regreso, en ocasiones estudiaban, otras tantas leían cosas diversas; pero ese sentimiento que llevaban gestando se volvía cada vez más fuerte y les pedía a gritos que escogieran el momento perfecto para ser dicho, ésta vez, un poco de Cortázar y casi a una voz rezaban:

**Todo lo que de vos quisiera es tan poco en el fondo  
porque en el fondo es todo...**

*—Hola, ¿cómo estás?*

*—Bien, gracias ¿Y tú?*

*—También, bien...*

98

**...el olor de tu cuerpo, lo que decís de cualquier  
cosa, conmigo o contra mía...**

*—¿Te arrepientes de algo?*

*—No, ¿tú?*

*—Tampoco.*

*—Perdóname, quisiera darte una razón.*

*—Hubiera sido una excusa no una razón.*

**...todo eso es tan poco, yo lo quiero de vos porque te quiero...**

*—Hey, ni modo, nada es para siempre.*

*—Nada.*

*—Sale. aquí bajo.*

*—Nos vemos.*

**...Que mires más allá de mí, que me ames con violenta  
prescindencia del mañana...**

Detuvieron su lectura y se miraron detenidamente durante unos segundos, habían escuchado suficiente a su alrededor como para decirse adiós sin siquiera haber comenzado algo:

—¿Los escuchas? ¿tú crees que tú y yo terminemos así?

—Yo, creo que al menos debemos intentarlo —dijo ella.

—¿Entonces te avientas?

—Va, ¿Seguimos leyendo?

—Arre... **y que el placer que juntos inventamos sea otro  
signo de la libertad.**

# Flashbacks con Café

Jolie

100

En los escasos momentos en que tengo conciencia, vuelvo a cerrar los ojos de modo consiente e intento visualizar los sonidos, los sitios y las frases conjugadas entre trenes, vías y andenes. Esos chicos tropezando, creo que había algo en sus miradas entre pena y asombro. Es gracioso que el mundo parezca tan pequeño de pronto dentro de un simple vagón anaranjado.

*—Hola, ¿cómo estás?*

*—Bien, gracias ¿Y tú?*

*—También, bien.*

Un fondo de música en el tren de pronto nos hace voltear, invade el espacio y nos distrae a todos, apenas reconozco la canción, se va moviendo entre los asientos y desaparece, tiene sonidos sintetizados, trato de ascender el sorbo de café en mis venas y voy arrancando las capas de crema batida una tras otra con los labios, el tren se frena un poco, mientras, un asiento se ha desocupado, vamos a llegar a la siguiente estación de transborde. Yo me diluyo en el café, me borro, me extiendo, me transformo, pero no puedo volver a construir mucho las frases. Miro a otra pareja de chicos desde mi asiento, parecen tristes, no, esperen, se ven desconcertados.

Los sonidos sintetizados siguen dando tumbos en mi cabeza a un ritmo más bajo, el cambio radical de velocidad en el tren me

instala en medio de su conversación extraña que apenas puedo percibir.

—*Creo que es la discusión más sana que hemos tenido.*

—*Siempre dejaste lo mejor para el final.*

¿Estarán terminando?, tomo un sorbo de café y miro hacia los cristales rallados y maltratados, las vías del tren me arrastran de nuevo a la rutina monótona, que contrasta con la línea de ese subterráneo geométrico, lineal y energético.

Rodeada de gente de esta ciudad, con un solo café de compañero, no hay muchos sitios para refugiarse. Supongo que en este estado las cosas tampoco pueden durar mucho tiempo.

Regreso a la realidad, creo que hubo un corto silencio.

—*Aquí me bajo*” —le dijo ella.

101

Yo escuchaba sin permitir que el aire rectificara alguno de mis músculos, pero lo vi todo perfectamente, pretender ingenuidad, me sale mal. Sin parpadear ella sale del vagón atraviesa la minúscula frontera de ese precipicio de la puerta al andén. Me levanto enseguida “esta es la mía”, —pienso. El chico se incorpora y metiéndose las manos a los bolsillos y desgarrado ocupa el asiento vacío, mientras tanto, ella avanzados unos pasos, se encuentra con el otro tipo. Se cierran las puertas.

Del otro lado del cristal, quiero pensar que el tenía ganas de detenerle, hablarle, hacer cualquier cosa, no la volvería a ver, lo pude leer en sus ojos. Pero cuando uno es cobarde nos amordazan las cuerdas vocales.

La intuición subió después que cerraron las puertas y ventajosamente se posó a lado de él para seguir el viaje, como en imágenes entrecortadas el tren comenzó a avanzar y en *flasibacks* las siluetas de las personas se fueron perdiendo al compás del avance prematuro del tren a toda velocidad.

Lo recuerdo bien, abro los ojos y sé que esto no lo soñé, ella comienza a hablar con el otro tipo, casi al unísono repiten dos sílabas que no entiendo mucho. La mirada de él es fría y dura, la de ella se torna cristalina y tan débil que solo prefiere bajarla, me paso de largo y esquivo a otras personas y otras miradas, mi café se ha agotado, supongo que en este lugar las cosas no suelen durar mucho, al menos yo me bajé con Cortázar bajo el brazo.

# Mesías

El Cuervo

Sonó el teléfono, “son las nueve treinta horas” de inmediato lo pensé, durante las últimas cuatro semanas insistentemente sonaba el teléfono, siempre a la misma hora, siempre la misma persona.

—¿Podremos vernos el día de hoy?

Siempre la misma respuesta.

—Me encuentro muy ocupado, lo siento.

Siempre me preguntaba al colgar el auricular, ¿qué tan ocupado puede encontrarse un universitario que cursa el octavo semestre con anhelos de columnista en el periódico de mayor circulación de la capital?

A pesar de su insistencia, cada vez que lo escuchaba algo me reconfortaba, cada vez que oía el timbre de su voz, tan sereno, tan tranquilo, como si pudiese transmitir la paz que por tantos años he buscado con el simple sonido de su voz.

—¿Cuál es su nombre? Lo cuestioné.

—Eso no es importante —me respondió— sólo debes saber por el momento, que soy el hijo del hombre y que la revelación que ante ti haré, cambiará el rumbo de tu vida y la de quienes escuchen mi voz y lean las palabras que escribas sobre el papel.

Cuatro semanas me negué, alegando carga de trabajo, cuando mi única obligación era —si bien me iba— traer los encargos del editor en jefe, pero precisamente el día de hoy estaba harto de mi vida inútil sin sentido, “nunca llegaré a ser el columnista reconocido

que prometí en la tumba de mi madre recién fallecida”, necesitaba una buena historia, algo con que impresionar al jefe, y el sujeto que por cuatro semanas tan insistentemente se comunicó conmigo solicitando una simple y sencilla entrevista podría ser mi oportunidad.

Ese día llegué a la redacción del periódico una hora antes de la entrada del resto del personal, me encontraba extrañamente agitado y nervioso en espera de la llamada diaria del peculiar personaje, “es mi boleto de entrada a las grandes ligas”, medité durante todo el trayecto de mi casa al trabajo, las nueve, nada aun, nueve diez, sigue el teléfono sin sonar, nueve quince, nueve veinticinco, suena en una sola ocasión para no volver a hacerlo, nueve treinta, nada, pasa un minuto, dos y así hasta llegar a los cinco minutos más largos de mi existencia, hasta que el teléfono por fin chilló con ese horrible e inconfundible timbre, levanté agitado la bocina del aparato y esperé oír la voz del que se autonabraba el “hijo del hombre”, silencio.

104

—¿Bueno?

Articulé con dificultad esa sencilla palabra.

—Esperabas mi llamada.

Afirmó sin titubeos, se oyó del otro lado de la bocina, me quedé en silencio.

—Hoy, es el día.

Me alegró y reconfortó escuchar esa voz tan apacible; de inmediato, como si hubiera regresado la razón a mi persona, le propuse encontrarnos en el **Café Tacuba** que se encuentra en la calle del mismo nombre en el centro histórico, (ahí venden buen café medité al instante).

—No.

Se escuchó una seca respuesta de la misma voz.

—Prefiero que nos veamos en el metro, en la estación más cercana a tu lugar de trabajo.

Y así fue como acordamos nuestro encuentro, a las quince horas pactamos la cita, “en los andenes, debajo del reloj” como lo

hacen todas aquellas personas que hacen en este medio de transporte, su punto de reunión.

Llegué cinco minutos antes de lo pactado, pues no quería que algún contratiempo echara a perder la oportunidad, caminé la mitad del trayecto del andén, lugar donde se encuentra el famoso reloj, marcaba las 14:55 horas, “justo a tiempo” pensé; de forma por demás extraña, toda la gente que se encontraba en el lugar comenzó a salir, “desaparecieron”, reí para mis adentros, cuando entonces me percaté que me encontraba solo, extrañamente solo en ese andén.

—Llegas temprano.

Escuché detrás de mí la misma voz que por cuatro semanas únicamente oí a través del teléfono de la oficina, me tomó por sorpresa y creo que hasta me sobresalté, pues no lo oí llegar, di media vuelta y vi a un sujeto que posiblemente rebasaba el metro ochenta de estatura, tuve que desviar la mirada hacia arriba para verlo directo a los ojos, “eso inspira confianza en el entrevistado” siempre me aconsejó mi jefe.

105

A simple vista parecía un sujeto “normal”, rondaba los treinta y tantos años, 33 pensé horas después, siempre fui bueno para calcular edades, tenía el cabello color castaño oscuro, ojos color miel y una barba de fin de semana, tres o cuatro días a lo mucho, traía puesta una camisa vaquera a cuadros azules y negros sin abotonar, debajo una playera blanca sin estampado y unos *jersey* azules, desgastados más que deslavados, y unos Converse de lona negros bastante sucios.

—¿Eres agnóstico \*\*\*\*\*?

Me llamó por mi nombre de pila.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Sé muchas cosas, entre ellas tu nombre.

—Sí, sí lo soy, aunque muchos prefieren llamarme ateo, los más fanáticos incluso me gritan hereje cuando me ven llegar.

—Es difícil en un país como el tuyo, lleno de “guadalupanos”.

—Es complicado sí, pero me las arreglo.

—¿Eres feliz?

—¿Qué le parece si nos dejamos de preguntas retóricas y me dice el motivo por el cual estoy aquí?

—En verdad, no se trata de simples preguntas sin sentido, veniste a mí buscando una oportunidad para trascender en tu empleo, ¿eso te hace feliz? ¿unos miles de pesos más? ¿no te has puesto a pensar que...?

No oí las últimas palabras de su pregunta, pues me ensordecíó la llegada de los vagones del metro, que en ese momento, hacían su arribo a la estación.

—Abordemos.

Y lo dijo sin esperar mi respuesta, por lo que tuve que correr detrás suyo cuando el timbre indicaba el cierre de las puertas; el vagón se encontraba semivacío, cosa curiosa a esa horas.

106

—Mira a tu derecha, me dijo mi extraño acompañante, ¿qué es lo que ves?

—Tan solo se trata de una mujer leyendo.

—¿Alcanzas a ver qué es lo que lee?

—No distingo el título del libro, pero el nombre de **Julio Cortázar** resalta sobre el resto de las letras de ese desgastado libro.

—¿Te gusta la lectura?

—Uno poco, no leo mucho la verdad, el último libro que leí fue *Cien años de soledad*, me parece que fue hace más de un año.

—Veo que te gusta cómo escribe el **Gabo**.

—Pues, me parece lectura obligada, después de todo, por ese libro ganó el **premio Nobel** de literatura.

—¿A qué viene todo esto?

—¿Crees que esa mujer esta ahí por alguna razón?

—Sí, porque desea llegar a su destino ¿por qué más?

—Todos estamos aquí por un motivo particular, llámalo destino, si así lo prefieres, particularmente no me gusta esa palabra, pero así tal vez lo logres comprender. Tenemos la obligación/necesidad

natural de amar, aunque no todos tengamos esa capacidad, mira a tu alrededor, tan solo en este vagón, la gente se relaciona, se aventura con otras personas sin siquiera preguntarse como terminará, cuando las dificultades comiencen, ¿crees que todas las parejas soportan las adversidades?, ¿te importa acaso que sucederá con la persona quien, sin motivo aparente dejaste de ver porque te había fastidiado ya?

Ningún sentido tiene vivir solos, pues tus triunfos y fracasos los compartirás únicamente con tu reflejo en el espejo, no escucharás una voz de felicitación que se alegre contigo en tus momentos de gloria, ni mucho menos una voz de ánimo que te haga sentir mejor cuando sientas que todo se derrumba a tu alrededor.

Despertarás por las mañanas sin nadie a tu lado que te sacuda la pereza ni con quien compartir la primer taza de café del día, nadie a quien acompañar a la hora de la comida y con quien disfrutar películas románticas que tanto detestas ver en las salas de cine; nadie que te espere preocupada asomada a la ventana de tu hogar, preocupada por tu llegada, que te cobije por las noches y te cuide en momentos de enfermedad.

De pronto, se interrumpió para decirme:

—Voltea, ¿ves a esa muchacha al otro extremo del vagón?

—Sí

—Es licenciada en letras inglesas.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa.

—¿Ves a ese muchacho que se aproxima hacia nosotros?

No me dejó contestar y prosiguió.

—Hubo un momento en su corta vida en que fueron felices, realmente felices, aun se aman, aunque no lo sepan.

Entonces, intempestivamente, cuando ese joven pasaba al lado nuestro lo tomó con firmeza por el antebrazo derecho y le dijo: “ella te extraña” el muchacho lo miró con extrañeza y volteó hacia la joven y le dijo: “y aun te ama”; fue entonces, cuando ese joven

posiblemente de veinticuatro años, pensó, cambió el camino, la tomó por el hombro y alcanzó a escuchar que le dijo: “yo también”.

Enseguida reanudó el monólogo, del cual, yo era su único espectador y dijo:

—No. Morirás de viejo, solo, sin nadie que te acompañe, nadie con quién compartir la pequeña fortuna que acumularás a lo largo de tu vida, la cual desearás haber cambiado por momentos, no de pobreza, aunque sí de dificultad económica en compañía de una mujer, momentos de felicidad que te negaste por exigencia; esa estúpida exigencia que te hacía buscar la “mujer perfecta”, pues piensas y pensarás que ninguna vale lo que tú vales, ni lo que supuestamente puedes ofrecer; morirás sin haber dejado tú legado, sin hijos que preserven tu nombre, el cual será pronto olvidado al paso de los años; pues preferiste cambiar la unión de dos cuerpos como consecuencia de amor mutuo, por pagar unos cuantos pesos.

Detuvo de nuevo su voz y prestó atención a lo que otra joven pareja platicaba, cerca de nosotros:

*—¿Me regalas el último beso?*

*—Creo que es la discusión más sana que hemos tenido.*

*—Siempre dejaste lo mejor para el final.*

*—¿Estarás bien?*

*—No creo que importe.*

*—Cúdate mucho.*

*—...*

*—Adiós.*

De repente el vagón se detuvo, la joven bajó y entonces me dijo: “aquí bajamos”.

—¿Te das cuenta que esa muchacha acaba de cometer el peor error de su vida?

Me quedé en silencio, al parecer, ella lo escuchó pues volteó extrañada hacia nosotros y desapareció, de nuevo volteó hacia mí y me dijo, no con fuerza, pero sí con firmeza, tomándome por ambos brazos:

—¿Acaso eres tan pendejo como para vivir solo el resto de tu vida?, estoy aquí para cambiarte, para ayudarte.

—¿Pero, por qué lo haces?, yo no te he pedido ayuda, ni a ti ni a nadie.

—Eres un estúpido, estas tan ciego que no has aprendido que no es necesario esperar a que alguien te pida auxilio para apoyarlo, no lo hago esperando que me retribuyas un favor, no espero nada de ti, ni siquiera las gracias, ¿acaso es tan difícil entender que para dar u ofrecer ayuda no es necesario esperar que te sea pedido?

Este mundo es tan ególatra, que han olvidado el motivo por el cual están aquí y en definitiva no es hacer dinero, ni tener los mejores autos ni las mansiones más fastuosas, tu nombre perdurará a través del tiempo en virtud de lo que hayas hecho por los demás, pero no por ti mismo, sino al lado de una pareja que te apoye en los momentos en que mengüen tus fuerzas. Entiéndelo.

Entonces me dijo adiós, dio media vuelta y se retiró caminando por el otro extremo del andén alejándose de mí, entonces caí en la cuenta de que ni siquiera sabía su nombre y le grité:

—¿Oye, cómo te llamas?

—No sé si me escuchó o no, lo cierto es que no volteó y nunca lo volví a ver.



# CAPÍTULO 5

P1000973.JPG

Escribir una historia que se desprenda de la imagen en cuestión

Los autores son libres de cualquier cosa siempre y cuando se apeguen a la dinámica.





# Un sueño eterno

Lorena

Salía de ese lugar, *¿una iglesia quizá?* Antes de ser vomitada a la calle se detuvo para observar el cielo, un marco agrietado, una decoración demasiado cargada, y esas puertas de madera enormes con vírgenes de miradas castigantes, un viento frío recorrió su espalda y recordó que estaba desnuda, tan sólo una sábana la cubría, pero no la protegía de esa sensación avergonzante de encontrarse sin ropa.

113

Tenía que regresar a casa, evitar que la gente la viera así, desconocía que tan lejos estaba de su hogar, pero seguía avanzando, de manera que iba avanzando, la cantidad de gente que la seguía para verla se volvía estúpidamente mayor, algunos tomaban fotos con sus celulares, otros reían o intentaban tirar de lo poco que la cubría.

Seguía caminando, pero todo se veía igual, era más difícil avanzar por la gente que la empujaba, esa sensación de ser violada con la mirada se volvía casi real y al mismo tiempo sentía náuseas, temblor de piernas y el pánico comenzó a invadirla, comenzó a correr, sin abrir los ojos, sin escuchar los gritos de la gente.

Abrió los ojos, de nuevo ese marco agrietado, esas vírgenes y el pánico se desvaneció, *¿que hacía ahí, de nuevo?* Salió nuevamente, comenzó a correr, ahora la gente no la veía, es como si fura invisible, después apareció una cara familiar.

*—¿Cómo estás? Hace tiempo no te veía, ¿como está tu familia?*

—Todo bien —musitó al tiempo que detenía las telas intentando fingir normalidad

—*Pero, cuéntame...*

No escuchó más, de nuevo empezó a correr, cerró los ojos y siguió adelante, se detuvo al sentir el silencio y abrió los ojos, ahora las lágrimas empezaron a correr por su rostro, *¿es que nunca podría salir de este lugar?*, de nuevo esas puertas estúpidas, se dejó caer al suelo, se cubrió lo más posible y mientras lloraba se refugió en una de las puertas.

Han pasado los años y esa mujer sigue ahí, una que otra vez le ven corriendo en círculos alrededor de la iglesia “aventurándose a escapar”, gritando histérica, pidiendo ayuda y volviendo a entrar llorosa para abrazarse a una de las puertas.

*Ella no sabe si eso es un sueño en el que se quedó atrapada o si algún día podrá despertar, tan solo espera...*

# Sunday Morning

Roberto

Sábado-domingo

Despierto, con dolor de cabeza, miro al techo, no es el de mi cuarto, volteo, está ella, me acuerdo de todo, la música tenue, siempre duerme escuchando música. Uhmm *sound* familiar, la noche anterior fuimos a cenar a un lugar bien chingón, caro, del tipo de cosas que le gustan y no puedo darle, finalmente ella siempre ha tenido dinero, y ese tipo de cenas son absolutamente normales para ella, sin embargo, ayer me pagaron unas cosas en las que le ayudé a Datagate, de esos trabajillos ilegales que mi falta de ética y mi maquiavélica inteligencia hace que me salgan tan bien. Yo no gasto dinero en mí, uso la misma ropa siempre, y eso le encanta a ella, creo que le encanta vernos juntos, ella tan perfecta y yo sucio, desaliñado, fuera de tiempo, pero desde que uso suéteres, lentes y ese corte de cabello que no me queda —pero es el único que se pedir en la estética— sabe que soy bien inteligente y eso le encanta de mí, lo sé.

115

Me encantó cuando me dijo: “te veo y sé que veo a alguien bien especial, eres diferente a todas las personas que he conocido”. De lo más chido que me han dicho, además ella es siempre fría, sé que lo dijo es porque en verdad lo piensa, otra vez me quedé sin dinero, ayer gasté como si no se me fuera a terminar y lo único que se me ocurre hacer es ir con Datagate, sin que ella

lo sepa, en fin, si el dinero no es para gastarlo en alguien a quien quieres, entonces ¿para qué es?

Después de pensar todo eso, agarré el control del estéreo, estaba el disco de *faiñi no more* que escuchábamos la noche anterior y pongo esta canción:

116 Momento épico, el apartamento parece de unos recién casados, pocos muebles, todo limpio, algunas bolsas del super, no sé, se respiraba un ambiente especial, como si en el mundo sólo existiéramos los dos, por unos minutos me sentí un adulto, como si me acabara de casar con ella y tuviera que cuidar, se veía frágil, no sé, las chicas siempre huelen bien, como a chicle y sus brazos taaaan blancos, uff, me encanta como se ven, bajo las sábanas todas las chicas se ven hermosas, —bueno, no todas— pero ella sí. Abrí un poquito la cortina, la mañana estaba gris, con mucho frío, su edredón está bien chido, apenas me destapé un poco y sentí el aire frío, despertó y empezamos a tener una de esas pláticas de sobrecama; se veían los árboles más altos del parque desde su ventana, su voz estaba ronca, la mía también, me decía que le encantaba escuchar como le platico las cosas, no hay ruido, sólo nuestra voz, la música en bajito, y de repente, algún perro ladrando a lo lejos, comentábamos cualquier tontería, todo era perfecto, lo era hasta que dijo “¿por qué no te vienes a vivir conmigo?” Y no supe que decir.

No supe que decir no porque no quisiera vivir con ella, a fin de cuentas, vivir con ella me traería mucha estabilidad, la que necesito, me alejaría del dinero fácil y tal vez buscaría un empleo común, algo de seguridad en redes o algo así, donde pueda aplicar

mis conocimientos para algo bueno, pero ¿cómo hacerlo?, si llevo esta doble vida que me está matando, nadie sabe a lo que me dedico, lo que hago, lo que podría hacer, es como si todo fuera para saber qué tan lejos puedo llegar, pero ¿qué haré cuando llegue?, la volteo a ver, sé que esa chica es mi golpe de suerte, ¿cuántos quisieran estar en mi lugar?, ¿por qué quiere que la cuide si es probable que sea yo quien necesite que lo salven?, sé que la voy a hacer llorar, que la voy a lastimar, soy una mamada de cabrón, ella lo sabe... y no le puedo prometer nada, no sé como sean las cosas, sin embargo, vi sus ojos —que a veces se ven cafés a veces verdes, a veces amarillos pero que en las fotos siempre salen rojos— me encantan sus ojos, me quedé callado y un momento después lo único que salió de mi boca fue “necesito orinar”, volteó hacia el televisor apagado, no dijo nada, me levanté, pisé el mosaico blanco frío con los pies descalzos, entré al baño y había una *Cosmopolitan* abierta en el anuncio de un perfume, donde estaba la foto esa. (PPI000973.jpg).

# Desde el alféizar

Jolie:

118

Asomar la cabeza por ahí fue como aparecer de pronto en la cima de una montaña, como sentir un aire en la cara que nunca había sentido. Puntos de colores correteaban debajo de mis ojos, por un momento creo que fui gigante, sin embargo, yo también era un puntito que veía en perspectiva las cosas desde otra posición. Estiré más el cuello y miré hacia la nube, la vi más cerca, más alcanzable, como si con un ligero esfuerzo pudiera tocarla, la altura daba siempre un poder inmenso, en ese momento comencé a pensar en atrapar el olor de aquella nube.

Me agarré con fuerza al alféizar de la ventana, no podría alcanzar nada, ni pretendería audacia, si tan sólo si pudiera respirar un poco. Todos los colores del mundo se asomaron y vinieron a mi nariz al asomarme un poco, si alcanzaba a oler esa nube entre todos los olores supongo la sabría identificar. De pronto alguien me habló, Incliné mi cabeza hacia la ventana de abajo, era mi vecino, me preguntó:

—¿Buscas algo?

—Un olor —le dije

—¿Cuál? Inquirió.

—El de aquella nube —la señalé con el dedo.

Se quedó mirando, sonrió ladeando la cabeza y después se metió.

Me senté delante del restirador, tal vez haciendo algunos esbozos, podría olvidar mi repentina obsesión, la pantalla intacta del ordenador me iluminaba y frente a ella el reflejo de la nube se asomaba. Atrapar el olor de una nube, menuda idea. La ventana seguía abierta, pensé en mi vecino, en la impresión que le habría dado. Seguro pensaba que era una tarada, una loca que se asomaba a la ventana de un edificio para oler las nubes, si, seguramente me habría tomado por loca.

El cursor seguía con su parpadeo, constante como bombeando en medio de la pantalla, como un corazón incansable con su latido, mis ideas no fluían, las palabras no salían de mis dedos y yo debía escribir una historia, sin embargo, no era capaz de juntar una sílaba. Escuché un ruido que venía de afuera, como un chasquido. Me asomé hacia la ventana.

Ahí estaba él, asomándose de nuevo, puso sus brazos en cruz sobre el marco de la ventana, apoyó su barbilla sobre los antebrazos y dijo:

—La nube ya no está —girando la cabeza hacia mí, sus ojos parecían tomar un tono verdoso a la luz en contraste con el azul del cielo.

—Esperaré a que pase otra —contesté decidida, seguiré intentándolo.

—¿Y, si no pasa otra? No es una ciudad donde abunden las nubes niña, ¿eres oledora profesional de nubes acaso?

—Verás, le dije, no es lo que parece.

Hizo un ademán con la mano y se metió. Me quedé con medio cuerpo colgando, balanceándome peligrosamente como una hiedra silvestre en una tarde de domingo con viento. Me incorporé y miré el cielo limpio, la luna comenzaba a aparecer medio partida por la mitad como una galleta de chocolate blanco.

Parecía absurdo, pero si iba a escribir una historia sobre nubes, necesitaba que estuviera allí, y probar otra vez, si era posible, sentir su olor. Tal vez las nubes olían a algo. Y entonces sí que

tendría una buena historia. Me levanté y di vueltas por el comedor. No perdía de vista a las ventanas. Llamaron a la puerta, tocaban tan fuerte que parecía que los nudillos se le desgastarían. Una fotografía asomó por debajo. La cogí y le di vuelta, había escritas unas palabras:

*Aquí tienes tu nube. Olerla aquí es más seguro.*

—Gracias por la foto —le dije.

—De nada.

Olerla ahí es más sensato, no corres el riesgo de caer, a menos que quieras hacerlo, y se inventen historias acerca de porque te precipitaste al vacío. Si logras atrapar su olor enciérralo en un frasco, tal vez, algún día, alguien acepte ese regalo tan original.

# De las preguntas

Simbad de la Porra

Aquel templado día de verano, ella de pie, estaba temblando al contacto de las yemas de los dedos de él; la había deseado desde hacía mucho tiempo y no quería arruinar el momento con prisas innecesarias, además de que le complacía ver como vibraba tras el paso de sus dedos por el cuerpo de ella.

121

Le desabotonó lentamente la camisa mientras apenas le rozaba el cuello con sus labios, con el sostén aún puesto y la camisa desabotonada, la tomo por sus delicados hombros y con un ligero movimiento la camisa se deslizó por su cuerpo hasta reposar sobre la frazada que momentos antes habían puesto sobre el piso de barro.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le interrogó ella.

—Sólo si quieres saber la respuesta, —contestó él.

—¿Soy la primer mujer casada con quien te relacionas?

—Es algo que no podría responderte, ahorita eres la única en quien pienso, y siempre olvido mi pasado.

Esa respuesta era suficiente para ella, mujer casada y con dos hijos, no tenía planeado dejar a su esposo, ni iniciar un romance, era solamente un *affaire*, tener sexo en una o quizá dos o tres ocasiones; ella quería solamente una pasión de contrabando, alguien

que no se enamorara de ella y que la olvidara cuando ella así lo decidiera.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —ella insistió.

—Las que quieras.

—¿Soy la primera a la que traes a esta galería?

—Sí, eres la primera.

Para ella esa respuesta era suficiente para dejarse perder en los firmes brazos de él; suficiente para sumergirse en el azul del cielo a través de esa gran abertura mientras él la penetraba.

# Inhala

Jess

He perdido casi en su totalidad mi sentido del olfato.

¿Quién diría que el mejor promedio de generación terminaría como yo?

¿Quién hubiera siquiera imaginado que mi disciplina y constancia serían sometidas por todo el jaco que continuamente inhalo en su estado puro?

123

¿Quién podría haber pronosticado que esa persona brillante que fui hace tiempo, vendría a acabar en esta vulgar ignominia?

Todos se han ido.

Uno a uno.

Amigos.

Familiares.

Personas queridas.

Hasta los dioses se han olvidado de mí.

Que se jodan.

No los necesito.

Ignoro la razón que una escoria como yo continúe respirando a duras penas.

Frecuentemente delinco para obtener aquella última dosis que tanto ansío.

He robado, asaltado, lesionado, matado.

Me carcajeo de la justicia.

Yo que antes luchaba arduamente por ella.

Estoy probándome que “dar a cada quien lo que le corresponde” es una máxima jurídica tan falsa como la humanidad entera.

Yo debería estar en prisión, o recibiendo una tortura del medioevo.

Únicamente “debería”.

A este mundo se lo está cargando la chingada.

El único placer que me queda es el que me produce ese polvo blanco.

Hoy voy a entregar cuentas, si la justicia humana no existe, voy a probar suerte con la divina.

Veo ese par de puertas abiertas de par en par, tanta luz está a punto de provocarme ceguera.

—Inhala —escucho decir a alguien sin diferenciar si es hombre o mujer.

Busco en mis ropas sucias la dosis para este viaje, pero no encuentro nada.

—Putá madre —logro balbucear de manera imbécil.

Algo me impide voltear hacia atrás, y ese cielo tan azul parece cada vez más cerca de mí.

—Inhala —vuelvo a escuchar la misma voz.

—¿Qué chingados quieres que inhale? —grito en tono molesto.

Y entonces, esa voz sentencia:

# Al final

Yair

..y cuando despertó, la ventana seguía ahí.

Basado en *El dinosaurio* de Augusto Monterroso

125

